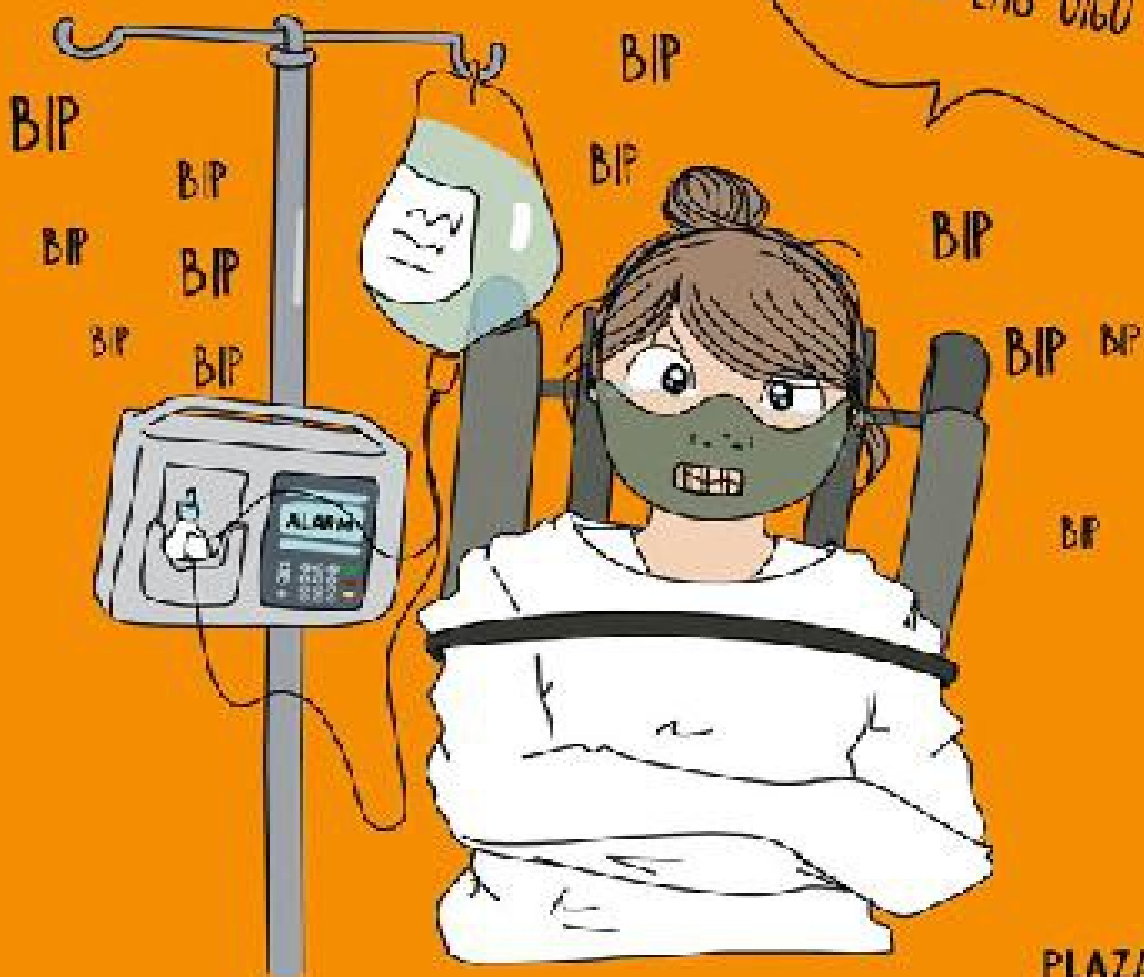


EL SILENCIO DE LOS GOTEROS

ENFERMERA SATURADA



DOS DÍAS LIBRANDO
Y TODAVÍA LAS DIGO PITAR.



HÉCTOR CASTIÑEIRA

EL SILENCIO
DE LOS GOTEROS

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A los niños de Za'atari,
por haberme enseñado tanto*



Satu y la máquina de medicación (sus pastillas, gracias)

¿Alguna vez os ha tocado vivir un cambio en el hospital? No me refiero a un cambio postural, que esos los hacemos varias veces en el turno, sobre todo si la noche es de las buenas y no hay ingresos ni timbres. Ni siquiera estoy hablando de un cambio de turno, que es algo que aprendemos a hacer ya en nuestro primer contrato... Me refiero a un cambio de los de verdad, a uno sustancial, de esos que revolucionan a todo el personal del centro.

Si alguna vez os toca vivir uno, lo recordaréis perfectamente. Y es que si ya nos cuesta ponernos de acuerdo, y algo tan simple como cambiar en el almacén la ubicación del cajón de las gasas puede suponer un problema, imaginaos cuando se trata de algo mucho más gordo. Creo que por eso este tipo de cambios vienen impuestos desde dirección y no los consultan con nadie, como mucho con la supervisora, y, total, ella siempre les va a decir que sí, porque para eso la han colocado ellos en ese puesto. Consultarlo obligaría a hacer un referéndum hospitalario, por ejemplo, sobre la aplicación informática de cuidados de los pacientes, y eso acabaría en un callejón sin salida peor que el del Brexit. El *procés* enfermero.

Lo que nadie sabía era que el drama estaba a punto de estallar en el Hospital Dos de Mayo. Nada hacía presagiar que aquella mañana de mediados de septiembre, en la que se reabría la planta de Ginecología después del verano, estaba a punto de acabar en una tragedia. Ya habíamos vivido una mayor cuando, unos meses antes, la supervisora nos comunicó al personal de Gine que la planta se cerraba durante el verano. Recuerdo que aquello fue más o menos así:

—Niñas, antes de hacer el reparto de las quincenas de vacaciones tengo que comentaros algo que me han dicho en dirección —anunció Rosa, la supervisora.

—¿Hay que hacer más escalas en el plan de cuidados? ¡Espero que no!

—No, Susi, no es eso. Con que confirmases las acciones de tus pacientes en el ordenador, yo me daba por satisfecha —prosiguió Rosa.

—Bueno, y nosotras lo estaríamos con que nos mandasen a una sustituta cada vez que una de nosotras coge la baja —la interrumpió Puri, para ganarse los aplausos del resto de las enfermeras.

—A ver, niñas, esta vez no os podéis quejar porque han contratado a una sustituta. Aquí tenemos a Satu con nosotras, que está por el permiso de maternidad de Marga.

Levanté la mirada tímidamente mientras masticaba un trozo de bizcocho sin gluten y sin azúcar que algún paciente no se había querido comer, empapado en el segundo café con leche de la mañana. A mí estas cosas siempre me pillan comiendo. Con lo tranquilita que estaba yo en aquella reunión pasando desapercibida... Total, a mí no me iban a dar vacaciones porque era eventual y no tenía que coger ninguna quincena, pero como estaba de turno, tuve que entrar en la reunión. Bueno, por eso y porque a la una del mediodía ya apetece el segundo desayuno y aquello era la excusa perfecta para tomarlo.

—Lo que tengo que deciros sé que no os va a gustar —continuó la supervisora—, pero tiene que ser así. No me han dejado otra opción. Somos una de las plantas que cierra este verano. Hasta ahora nunca nos había tocado, pero este año no nos libramos —añadió con voz temblorosa y mirando al techo, consciente de que acababa de hacer explotar un reactor nuclear dentro de la unidad.

Recuerdo que hubo unos segundos iniciales de silencio, esos que siempre preceden al desastre, pero que a mí me parecieron eternos. En esa calma tensa aproveché para apurar el último trago de café con leche que me quedaba, por lo que pudiese pasar... «A mí el Apocalipsis que me coja con el estómago lleno», pensé.

Bastó un desgarrador «pero... ¡¿y qué va a ser de nosotras?!» como detonante para que la sala de enfermería, acondicionada como improvisada sala de reuniones, se sumiese en el caos. Gritos, amenazas de baja laboral por ansiedad, mujeres adultas abrazándose y llorando desconsoladas... Para completar el cuadro, solo faltaban una enfermera en la esquina de la mesa respirando dentro de una bolsa de plástico y otra junto a la puerta tomándose los lorazepanes de los pacientes como si fuesen Lacasitos. Y todo porque durante los meses que estuviese cerrada la unidad nos iban a desplazar a otras plantas.

Teniendo en cuenta que cuando nos quitaron días de libre disposición, un cinco por ciento del sueldo, la paga extra de Navidad completa y nos aumentaron las horas de trabajo mensuales no se hizo nada..., les llegan a quitar la plaza fija y no montan más escándalo que el que pude presenciar en Ginecología antes del verano.

Pero volvamos a aquella mañana de mediados de septiembre en la que se reabría la unidad. Poco a poco, todo el personal de turno íbamos llegando y nos agolpábamos frente a la entrada de la planta. Eran momentos de reencuentro y de preguntar cómo habían ido las vacaciones de cada una, qué tal había sido la experiencia de trabajar en otras plantas y de comentar si estaban muy morenas o poco. A mí todo aquello me recordaba mucho al primer día de curso, ese en el que

vuelves a ver a tus compañeros de clase después de todo un verano y en el que los profesores siempre nos dicen cosas como: «¡Anda, pero cuánto habéis crecido en un año!», aunque en realidad hayan pasado poco más de dos meses.

Como yo no me había podido marchar de vacaciones y tuve que pasar el verano como geisha por arrozal —es decir, de una planta a otra poniendo parches allá donde faltaba alguna enfermera—, no tenía mucho que contar... Y creo que no se atrevieron a preguntarme por qué era la única de toda la planta que seguía teniendo el mismo tono blanco de piel que el uniforme del hospital. El año que me den vacaciones de verano estaré tan perdida que no sabré qué hacer con ellas, viviré con miedo de que me llame la mujer de la bolsa de empleo mientras estoy en un chiringuito de alguna playa a quinientos kilómetros del hospital, y que me borre de la lista por no poder coger el contrato.

Faltaban pocos minutos para las ocho en punto cuando apareció el vigilante de seguridad, llave en mano, dispuesto a quitar el candado que impedía el acceso a la planta. Estábamos ansiosas por ver cómo había quedado la planta, y es que cuando las cierran en verano, además de tener a los pacientes durante días tirados en camillas en Urgencias o desplazados por otras plantas, aprovechan siempre para darles una mano de pintura y arreglar pequeños desperfectos. Algo positivo tenía que tener aquello.

Entramos todas de golpe, atropellándonos, como se entra cuando abren las puertas de El Corte Inglés el primer día de las rebajas de invierno. El olor a pintura lo inundaba todo, y la planta parecía incluso más moderna al ver esas paredes tan blancas. El grifo del lavabo de personal por fin había dejado de gotear, y el cajón de los bolsos lucía una nueva cerradura más segura.

De pronto, algo nos sobresaltó. «¡Aaaaah! ¡Niñas, corred, venid a ver esto!» El grito de Puri desde el almacén interrumpió nuestra visita. ¿Qué habría sucedido? ¿Se nos habría olvidado una paciente dentro cuando cerramos la planta? ¿Quizá una alumna de prácticas? ¿Habría sobrevivido allí todo el verano a base de sueros glucosados y batidos hiperproteicos? ¿O acaso Puri había encontrado el almacén secreto de la supervisora donde esconde los apósitos caros? La realidad poco tenía que ver con mis conjeturas; ni en mil sueños habría imaginado que Puri había descubierto que las estanterías del almacén, las cajas y aquellos pequeños cajetines repletos de medicamentos y colocados cuidadosamente por orden alfabético, que ocupaban toda una pared desde el suelo hasta el techo, habían desaparecido. No quedaba ni rastro de los viales, las pastillas, los comprimidos ni los inhaladores. Se lo habían llevado todo durante el cierre de la planta, incluso la nevera de la medicación con las insulinas dentro.

Una enorme máquina gris con lucecitas y una pantalla en la que se podía leer «Pyxis Medstation» ocupaba su lugar.

—Pero... pero ¿y esto qué es? —preguntó Puri.

—Otro ordenador, lo que me faltaba. Yo es que me jubilo, ¿eh?, me marchó y no me volvéis a

ver. ¡Me quieren amargar los años que me quedan!

No quise interrumpir a Susi en pleno drama, pero a mí aquella máquina me resultaba demasiado familiar; tanto, que ya en más de una ocasión me había peleado con ella cuando uno de los cajones se quedaba atascado y tenía que reiniciarla a la española, es decir, propinándole un golpe seco junto a las bisagras para poder abrirlo.

Por si no la conocéis ni la habéis visto, os contaré que la máquina de la que os hablo y que nos acababan de instalar en la planta sin haber hablado con nadie es una nueva forma de dispensación de fármacos. Todo para evitar que suban los carros ya cargados de Farmacia con la medicación de cada paciente, o que tengamos que coger los medicamentos del stock de la unidad. Simplemente desbloqueas la pantalla con tu nombre de usuario y tu contraseña, o con tu huella dactilar en las versiones más modernas, accedes al menú de pacientes y seleccionas uno. A continuación puedes ver qué medicación tiene prescrita y seleccionas la que necesitas... y una de las múltiples puertecitas de la máquina se abre como por arte de magia y ¡pum!, allí tienes el fármaco... Bueno, o al menos esa es la teoría que te cuentan los que instalan la máquina y el farmacéutico de turno. La realidad, como siempre en estos casos, dista bastante de la teoría y lo raro es que el robot ese tenga disponibles todos los fármacos que necesitas... eso si no falla el sistema informático, que entonces ya no puedes ni administrar un Nolotil porque no hay manera de sacarlo.

En el Hospital Dos de Mayo estaban descubriendo toda una novedad, pero cuando hace unos años me dieron un contrato en el Hospital del Sur, allí ya las estaban implantando y fue donde nos presentaron.

Siempre las van poniendo por plantas, de la primera a la última o viceversa, y en cuanto instalan la primera se corre la voz por todo el hospital. Todo tipo de leyendas negras comienzan a circular por los vestuarios y pasillos, como la historia de una enfermera que perdió varios dedos cuando se cerró el cajón de golpe, y el «ya veréis cuando os la pongan en la planta» pasa a ser la frase más habitual, como si de una maldición se tratase. La única leyenda negra real sobre esta máquina es que para poder sacar un simple paracetamol, tienes que pasar más pantallas que para llegar a la última fase del *Super Mario Bros*. Entre pelearte con el lector de huella dactilar que nunca funciona y al final tienes que identificarte con tu usuario y con una contraseña que eres incapaz de recordar, buscar la planta en la pantalla de la máquina, buscar al paciente en el listado y seleccionar el medicamento que necesitas en la presentación adecuada, cuando por fin has logrado hacer todo eso, ya no es que el paciente no tenga fiebre, ¡es que ya le han dado el alta! Así que aunque desde Farmacia me digan que tengo que devolverlo a la máquina porque ya no lo voy a utilizar, de eso nada: me lo guardo para el Black Friday de calmantes que montamos en los turnos de noche. Un dos por uno en paracetamoles y enantiums, mejor que el día sin IVA en Fnac.

Ese aparato es lo más parecido a las máquinas de gancho de las ferias, pero en vez de tener peluches dentro, guarda pastillas. Y aunque su nombre más habitual es Pyxis, nadie lo llama así y

las veteranas te miran raro si te refieres a él por su nombre real, ya que en cada planta le terminan poniendo su propio nombre: «Piscis», «Pichi», «Pircing» o «Pisis». Algo así como lo que sucede con el esqueleto de la clase de Anatomía de la universidad o con el aparato de la tensión con ruedas.

Y si en las ferias ves a los niños haciendo cola en la máquina de gancho que tiene los mejores peluches, en las plantas somos las enfermeras las que guardamos cola, en fila de a una, frente a la máquina para poder sacar las pastillas de nuestros pacientes... La que más corre es la que empieza primero.

Y es que las cosas de la medicación en el hospital siempre van con calma, tienen sus tiempos; de lo contrario, no se entendería que haya compras online que tardan menos en llegar que algunos pedidos a Farmacia. A ver si algún día inventan el servicio «Farmacia Prime», porque ya os digo que yo me suscribo aunque tenga que pedir dinero en la planta para hacer bote, a ver si así los pedidos dejan de tardar como si fuesen de AliExpress... Se nota que lo que se compra en esta web y los genéricos vienen todos del mismo país asiático.

Pero aquella mañana de reapertura de la planta no iba a ser yo quien echase más leña al fuego contándoles todas las bondades del «Piscis», ya lo irían descubriendo ellas poco a poco. Igual que los trucos caseros para que el lector de huella dactilar coja bien el dedo y puedas abrir tu sesión... He visto de todo: desde enfermeras que mojan el dedo en alcohol porque «esto nunca falla», hasta otras que frotan la yema del dedo tres veces contra el uniforme y aseguran que si no lo hacen así el lector falla. De locos.

Yo solo esperaba que Marga se incorporase pronto de la baja para no tener que soportar el período de adaptación. Por experiencia os digo que siempre consiste en: «Ay, Satu, tú que eres joven y se te dan bien las maquinillas, se te ve muy tecnológica, todo el día con el móvil, ya nos quitas a todas la medicación de la máquina infernal esa».

EL ÚLTIMO DESAYUNO



2

Satu y el misterio de los desayunos (y el agujero negro que absorbe comida)

La comida de los hospitales tiene muy mala fama. Esto es así, es algo innegable, y que todo el mundo sabe. Como que en verano será noticia que habrá una ola de calor, y aparecerá en todos los programas de la tele el médico de siempre diciendo que hay que beber mucha agua, que no pongas a tu abuelo al sol y evites hacer ejercicio a mediodía.

Hay niños a los que ya desde muy pequeños los amenazan con esto: «Alfonsito, o te terminas las verduras o te llevo a comer al hospital». Mano de santo. Mucho más efectivo que amenazarlo con quitarle Clan TV o el wifi.

Y lo peor es que, en el fondo, la opinión popular lleva razón: hay muy pocos hospitales donde la comida que les damos a los enfermos tenga sabor a algo identificable. Al final yo creo que comen por comer. Porque hay que entretenerse en algo mientras te llega el alta o la hora de la pastilla de dormir o, bueno, un nuevo paciente a la cama de al lado, que eso sí es todo un acontecimiento. ¿Qué tendrá? ¿Será de mi edad? ¿Dónde habrá nacido y a qué se dedicará? Entre que les hacen la ficha a él y a sus acompañantes, ya han echado el día. Y, al siguiente, salen a contárselo a los de las otras habitaciones para seguir matando el tiempo.

Hablando de tiempo, lo que os quería contar es que he llegado a la conclusión de que como nosotras pasamos tantas horas por los pasillos del hospital, más que ningún paciente, al final nos hemos acostumbrado a esa comida, y hasta la vemos con buenos ojos.

Cuando una llega por primera vez a un hospital, pero no como paciente o como acompañante, sino cuando lo pisas para estar al otro lado, como estudiante de Enfermería en prácticas, observas con estupor cómo las enfermeras veteranas se pelean por las croquetas o el zanco de pollo que ha sobrado de esa dieta de más que han enviado desde cocina por error. Algo que tú no te comerías ni aunque fuese el último plato de comida sobre la Tierra, pero que para ellas es todo un manjar... Es algo que no acabas de comprender... pero solo es cuestión de tiempo.

Pasan los años, las plantas, las bandejas de comida y los pacientes, y cuando te das cuenta, sin comprender muy bien por qué, eres capaz de no volver a cambiarle turnos a esa compañera que no ha compartido contigo la ensalada de pasta que no ha querido comerse el de la 317-B.

Pero no vayáis a pensar que nos pasamos el día deseando que sobre alguna bandeja de comida. Para nada. Que envíen desde cocina alguna de más por error o que un paciente se marche de alta sin que cocina lo sepa solo sucede los días de fiesta; por eso, y como somos muy previsoras, tenemos nuestra propia comida en la planta. Toda una selección de productos que varía mucho según la planta donde te haya tocado esta vez el contrato. Hay clásicos que se repiten y siempre están, como las rebanadas de pan tostado para diabéticos; sin embargo, saber si una planta es buena lo descubres realmente fijándote en si ponen mantel o no cuando se juntan para el café. Si lo ponen, entonces es que has ido a parar a la planta adecuada.

Claro que en el tema de la mantelería, como todo en la vida, también hay clases. Y gracias a mi experiencia de todos estos años con contratos aquí y allá, he podido elaborar un minucioso estudio mediante el método científico del doble ciego, es decir, ponerme ciega a bollos por la mañana y a galletas por la tarde. El sesgo de la observadora corría a cargo de la celadora, que siempre estaba a dieta y se me quedaba mirando cómo comía, como si lo fuesen a prohibir.

Mantel estéril de campo quirúrgico. Sin duda, estamos ante una planta con meriendas *premium*. Aquí no solo pican algo mientras toman el café, aquí saben que ese ratito es sagrado y se dan un homenaje como Nightingale manda.

Este tipo de mantel admite dos variedades: de tela o desechable, ambas perfectamente válidas, y en ambos casos ese campo ha sido abierto por error... o no, depende de si es la supervisora quien lo pregunta. Pero, cuidado: si tu contrato es en una unidad con merienda *premium*, corres el riesgo de dejarte una buena parte de tu sueldo en pagar la tasa que te permita disfrutarla. Y es que los embutidos, el bizcocho, las empanadas, el pan de masa madre, una carta de infusiones digna de la mejor tetería y las cápsulas de café no se pagan solas.

Hay plantas donde este tipo de mantel solo se pone en ocasiones especiales, como para la cena de Nochebuena o cuando alguna compañera que se jubila encarga pinchos para todas. Que no te confunda.

Mantel de colcha. Esa suavidad no tiene parangón. Son enfermeras y auxiliares que valoran los pequeños detalles, de gusto refinado, pero sin el almacén de quirófano cerca para surtirse de paños estériles cada día. El pijama de trabajo deja al aire todo el antebrazo, y poder apoyarlo suavemente sobre una colcha no es lo mismo que hacerlo sobre un campo desechable: ahí el antebrazo no transpira y se queda pegado. Son de las que toman buen café, pero no se ponen de

acuerdo y por eso tienen dos cafeteras: una italiana y otra de cápsulas.

Mantel de sábana del hospital o entremetida. Suele tratarse de una pieza que está bastante gastada o con agujeros, el logo del hospital apenas se distingue y en algunos casos incluso puede ser una entremetida de cuando el sistema de salud era el INSALUD. La sábana tiene tantos años que no la cambian porque le han cogido cariño y porque es de cuando llegaron nuevas, es decir, que esa no la ha manchado ningún paciente con sus fluidos. Es ya una más del servicio y las más veteranas no aciertan a recordar si ya estaba allí cuando ellas cogieron la plaza en el año 76.

En días especiales, estas plantas pueden llegar a sorprenderte con cosas como un mantel de campo quirúrgico de los azules o un contenedor de agujas del almacén que llenan hasta arriba de agua y hielo para enfriar las bebidas.

Respecto a la comida, el trapicheo de recetas y los bizcochos caseros son algo muy habitual. Si quieres llevar algo para picar y la cocina no es lo tuyo, compra algo en el supermercado... pero no trates de engañarlas diciéndoles que lo has hecho tú, porque se van a dar cuenta. Bien podrían ser todas exconcurstantes de uno de tantos *realities* de cocina.

Mantel de hule estampado. Se toman el hospital como si fuese su segunda casa. Pasan más horas en la planta que el carro de curas, conocen al dedillo a todos los acompañantes de los pacientes y podrían decirte sin mirar dónde se guarda cada cosa de la planta. En cuanto empieza el verano, ponen los brazos en jarra y, mientras miran al infinito, reflexionan en alto cosas como: «Pues a ver qué sustitutas nos mandan este año». Decoran el control de enfermería con muñecas fofuchas y plantas que se han dejado olvidadas los pacientes. Cuidan con mimo todo el mobiliario, y por eso han comprado entre todas un mantel de hule que proteja la mesa de la salita de enfermería de cualquier daño. ¡No se te ocurra quitarlo al terminar de merendar! Lo único que se recoge al acabar es el salvamanteles de corcho quemado donde se apoya la cafetera y la caja de galletas.

Mantel individual de papel de camilla. Todo un clásico de los centros de salud y la zona de Consultas Externas. Les habría encantado cubrir la mesa con un paño estéril, pero hacerse con uno en Atención Primaria es más difícil que sacar plaza en las oposiciones sin tener al menos cinco trienios de experiencia laboral. Cuando caduca la esterilidad de un paño, aprovechan para guardarlo por si se presenta una ocasión especial.

Mantel de empapador o salvacamás. En estas plantas no se come, solo se bebe café. Mucho. Litros. Piscinas de café. Cuando llegas nueva, si preguntas si hay que dejar alguna cosa preparada

para el siguiente turno, la respuesta nunca será los sueros purgados o la medicación sacada; la respuesta siempre será: la cafetera. No son mucho de fregar, no hay tiempo que perder y hay muchos pacientes que atender, por eso recurren al clásico vaso de plástico. Y, como cucharilla, un depresor de lengua de madera. Las compañeras que trabajan en estas plantas casi nunca son fijas, y por eso nadie se encarga de comprar algo de comer a media mañana o de buscar una vajilla mínimamente decente. Sus contratos son como los vasos y los depresores, es personal de usar y tirar.

Independientemente del tipo de mantel que se utilice, hay temas que siempre generan controversia en las plantas a la hora de merendar, y el más espinoso de ellos llega cuando se plantea la eterna pregunta... «¿Qué leche compramos?» He visto reuniones en salitas de descanso más tensas que las dedicadas a repartirse las vacaciones de Navidad, porque al final en estas siempre nos toca ceder a las que no tenemos niños pequeños, como si nosotras no tuviésemos familia con la que cenar en Nochebuena.

—Pues yo creo que es mucho mejor desnatada.

—La leche desnatada no sabe a nada, mejor semi.

—¿Semidesnatada sin lactosa?

—Ah, no. Normal.

—Oye, perdona, bonita de cara, ¿me estás llamando anormal por ser intolerante a la lactosa?

—Ya está aquí la ofendidita. ¡Pero si tú lo eres por moda, que ni las pruebas te has hecho!

—Retira lo que has dicho o no te cambio más sábados.

—Intolerante eres, pero no a la lactosa precisamente...

Es entonces cuando alguna de nosotras, tratando de poner paz en una escalada de tensión peor que la que se vive en la Franja de Gaza, interviene:

—¿Qué hacemos? ¿Compramos entonces leche de avena?

—¡¡Pero si eso ni siquiera es leche!!

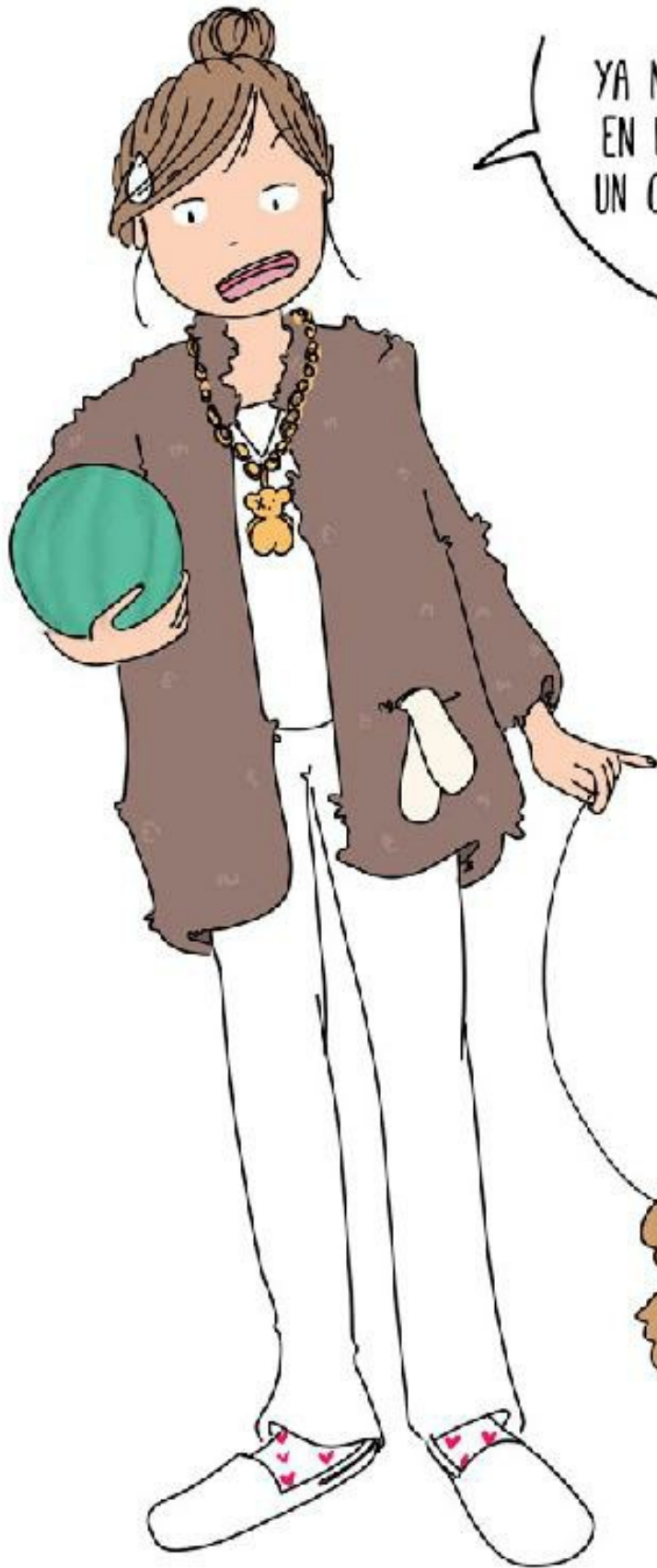
Así que, al final, la nevera se acaba llenando de mil envases diferentes con el nombre de cada una escrito por fuera con rotulador permanente. De arroz, de avena, semidesnatada con lactosa, semi sin lactosa, desnatada, con calcio y vitaminas añadidas... Y que ni se te pase por la cabeza la idea de servirte de una sin permiso. De modo que, si llegas nueva a la planta, más te vale llevarte tu propio cartón o tendrás que coger prestada la leche de marca blanca de los pacientes, ¡y esa sí que no sabe a nada!

Lo que todavía no he conseguido comprender es adónde va a parar toda la comida que desaparece de esas pequeñas salas del café. Es como si un agujero negro la absorbiese con tal fuerza que, de un turno para otro, no queda ni el envase.

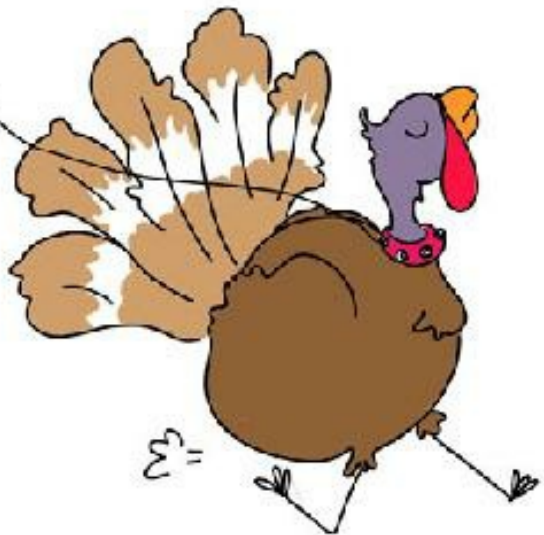
Hace unas semanas pude comprobarlo en el último contrato que tuve en el Hospital Dos de Mayo de Madrid, ese que ya os he contado que me queda a dos pasos de casa y por eso la supervisora me llama siempre que falta alguien para que vaya corriendo. Estaba cubriendo una baja en la planta de Traumatología, y como tenía dos días libres, aproveché para subir a Galicia para visitar a la familia, que nunca se sabe cuándo volverás a tener dos libranzas seguidas. El caso es que estando allí compré una empanada, pensando en aportar algo a esa merienda colectiva que montaban mis compañeras cada tarde. Pedí la más grande de la panadería para que nadie se molestase y que las compañeras de los turnos siguientes pudiesen probarla. Era tan grande que si llego a venir en avión me hacen facturarla, y a punto estuve de alquilar una furgoneta para poder llevarla desde mi casa hasta la planta... Pues ni dos turnos duró la empanada; si llega a tener lactosa, desaparece igual.

Si es que ya lo dice mi amiga Puri, la veterana: «Yo cuando tengo algo de comida en casa a punto de caducar porque nadie la quiere y se va quedando ahí, como esa caja de polvorones que todavía no se ha terminado a mediados de marzo, la traigo a la planta y alguien siempre se la come. Nadie sabe quién ni en qué turno, pero se la comen. No falla».

Bueno, os dejo, que voy a fregar mi taza del café. Por si me olvidaba, alguien ha pegado en la pared un folio con el mensaje: «La cocina es de todos, que cada uno friegue sus cosas». Así que allá voy. Luego, como no podía ser de otro modo, la pondré a secar sobre un empapador que hace las veces de escurridor para vasos, platos y cubiertos. Y es que otra cosa no tendremos las enfermeras —ni estabilidad laboral, ni una ratio decente, ni tiempo para desayunar—, pero recursos para salir de cualquier aprieto, los que quieras. Aunque ahora que lo pienso: si el día que dan croquetas a los pacientes nos subieran desde cocina un plato al personal, sería un detalle tan bonito... ¡Ay!



YA NO SÉ SI TRABAJO
EN UN HOSPITAL O EN
UN CENTRO COMERCIAL.



Satu y el mercadillo hospitalario (del hospital se sale con la compra hecha)

En alguna ocasión creo que os he confesado mi afán por conseguir y acumular muestras y productos publicitarios de todo tipo. Es como un Diógenes de las minitallas, el *merchandising* y los regalos promocionales, una fuerza interior que me impulsa a salir corriendo hacia cualquier lugar donde regalen algo: cintas de algún sindicato para colgar del cuello la identificación del hospital, bolígrafos y libretitas de academias de oposiciones, muestras de perfumes que nunca me compraré... Todo me vale. Por si acaso.

Y así fue como empezó esta pesadilla que me veo en la necesidad de compartir con todos vosotros, y es que, desde hace dos días, voy con miedo a trabajar al hospital por culpa de unas medias de compresión. A ver, que yo creo que esto hay que explicarlo porque enseguida pensáis mal de mí y empiezan los rumores... Que no es que se las haya robado a una compañera ni nada de eso, que yo lo único que me llevo del hospital sin permiso son calmantes para cuando me baja la regla y rollos de esparadrapo para arreglar cosillas en casa. ¿Que el grifo pierde agua? Esparadrapo. ¿Que se rompe la cinta de la persiana? Esparadrapo también. ¿Que quiero poner mi nombre en el buzón? Coloco un pedacito de esparadrapo, lo escribo por encima y ¡solucionado! ¿Que estuve de fiesta en la Sala Super 8? No, ahí esparadrapo no, ahí los calmantes. Ya sabéis que vivo en un edificio antiguo del centro y no voy a estar llamando cada dos por tres a mi casero, que al final terminará subiéndome el precio del alquiler por pesada, y yo de mi apartamento en la calle del Pez no me quiero marchar. Si hace falta, me encadeno a la barandilla de forja del balcón... como la baronesa Thyssen a los árboles del Paseo del Prado. Si a ella le funcionó seguro que a mí también.

Volviendo al asunto de las medias, todo empezó hace un par de días, cuando a media tarde apareció por la planta un hombre de unos cincuenta años, vestido como para ir de padrino a una primera comunión. Calculo que estarían a punto de dar las siete. Lo sé porque Puri y yo estábamos

terminando ya con los antibióticos de las seis, y un intenso olor a café salía del control de enfermería. El caso es que la tarde transcurría de una forma inusualmente tranquila, y Merce había aprovechado para preparar la merienda.

—Niñas, ¿qué hacéis? Venga, a vitaminarse. Aprovechemos ahora, que enseguida vienen con los cambios y las cenas —gritó desde el control.

Estábamos a punto de entrar en la salita del control cuando el tipo del traje apareció de la nada, como si hubiese detectado el olor a café y supiese lo que iba a suceder.

—Eh... Hola, chicas... —titubeó—. No quiero quitaros mucho tiempo, sé que vais al descanso. Estoy estos días por el hospital enseñando las novedades que tenemos en colchones y almohadas cervicales...

—No tenemos tiempo, justo ahora íbamos a merendar algo —lo interrumpió Puri con su tono de voz de enfermera veterana.

—Bueno... yo, si no os importa, os lo cuento mientras tomáis el café, y solo por escucharme y ver los nuevos productos os regalo a cada una un par de medias de compresión de ChinaLastic.

—Pero haber empezado por ahí, hombre... Pasa, pasa... A ver, cuéntanos.

Fue pronunciar la palabra mágica, «regalo», y se le abrieron las puertas de nuestra salita del café. Durante algo más de un cuarto de hora el señor nos soltó un discurso sobre las increíbles propiedades de sus colchones, disponibles para cualquier tamaño de cama y siempre con la posibilidad de pagarlos en cómodos plazos. A las almohadas apenas les dedicó dos minutos. Se ve que como eran bastante más baratas, se llevaba menos comisión y no estaba demasiado interesado en venderlas.

Merce y Puri comían galletas y bebían café como si lo fuesen a prohibir mientras repasaban las planillas de turnos. Les daba exactamente igual que vendiese colchones que enciclopedias; ellas se limitaban a levantar la cabeza de vez en cuando para asentir y que aquel pobre hombre creyese que alguien lo estaba escuchando. Pero si alguien lo estaba haciendo, esa era yo. Qué queréis, a mí me estaba dando pena y fingí interés por los colchones visco no sé qué. Tanto y tan bien debí de hacerlo, que cuando terminó, además de darnos a todas las prometidas medias ChinaLastic y una tarjeta con su número de teléfono, a mí me dio también un catálogo con toda la gama de productos. Un tocho que más bien parecía la guía de teléfonos de Madrid.

—Perdona, veo que te llamas Satu, ¿verdad? —Llevar la tarjeta identificativa del hospital colgada al cuello a veces puede ser una muy mala idea cuando prefieres pasar desapercibida—. Como te veo muy interesada, te dejo también un dossier con todos nuestros productos para que le puedas echar un vistazo con calma.

—No, de verdad, gracias, pero no es necesario. ¡Si yo soy eventual y llego justa a fin de mes! —respondí, tratando sin éxito de poner fin a aquel malentendido.

Dio igual, de nada sirvieron mis intentos desesperados por deshacerme de aquel vendedor de

colchones; sin embargo, el problema no había hecho más que comenzar.

Al terminar mi turno en el Hospital Dos de Mayo, me fui a casa con mi regalo promocional sin sospechar lo que se me venía encima.

Si os soy sincera, jamás he usado medias de compresión. Bueno, es que hasta ahora ni siquiera las tenía porque nunca las había comprado. Es algo que no me había planteado, supongo que porque en el hospital todas las compañeras que conozco tienen una relación de amor-odio con ellas... y yo para eso ya tengo bastante con mi exnovio, que no sé si quiero responderle a los whatsapps o no.

Este era mi primer par, y me sentía como cuando tu madre te compra tu primer sujetador, que quieres estrenarlo pero no estás segura de hacerlo.

He conocido a enfermeras que ya las usan desde las prácticas de la carrera, y otras, como yo, que nos negamos a asumir la edad y a pasar a formar parte del club Farmalastic, a pesar de que los turnos de noche cada vez se nos hagan más pesados y terminemos con las piernas como dos botijos.

Y es que, además, esto de las medias de compresión es todo un mundo por descubrir, no os penséis que es como comprar unos calcetines. Es algo así como ir a Zara, pedir unos pantalones y que te pregunten si los quieres *slim*, *straight*, *bootcut*, *skinny* o *loose*... cuando tú lo único que buscabas eran unos vaqueros normales y que te sentasen bien. Pues esto es lo mismo pero con unas medias. Se lo he preguntado a las veteranas de mi planta y me han dicho que lo primero es saber si las quieres enteras o por debajo de la rodilla, por ahí hay que empezar. Luego que si eres más de llevarlas con compresión intermedia o alta, y aquí cada una me ha aconsejado una cosa: una, que si es tu primera vez, mejor empezar con algo suave que no apriete mucho; otra, que no, que no hay nada como una buena presión para sentir el placer de usarlas... Yo ya no sabía si estábamos hablando de medias o de juguetes sexuales, aunque, según ellas, todo proporciona placer y eso es lo que importa en esta vida.

Ah, bueno, se me olvidaba que también debes saber si las quieres de elasticidad media, baja o alta. «¡Pues unas medias, hija, unas medias! ¡Yo qué sé cómo las quiero, si nunca las he llevado puestas!» Eso sí, por lo que no paso es por lo de tener que medirme el diámetro del gemelo para saber la talla... Eso ¡por encima de mi cadáver!, que una ya sabe que tiene las pantorrillas anchas como para, encima, tener que tomarles las medidas.

Supongo que lo del diámetro será importante y necesario para luego no pasarte veinte minutos en el vestuario tratando de ponértelas. Si tengo que elegir entre la posibilidad de que me salgan varices o levantarme cada día veinte minutos antes de la cama para que me dé tiempo de ponerme las medias... lo tengo muy claro: las varices se operan, pero el tiempo de sueño perdido no lo recuperas nunca, y a mí esos veinte minutos más en la cama me dan la vida.

Pero volvamos al Dos de Mayo y a ese momento en que el vendedor creyó que me había

interesado alguno de los productos de teletienda que vendía. Dos días después de haber conseguido mis primeras medias, volvía a tener turno en el hospital. Fue tenerlas y darme un par de días libres, como para que pudiese practicar en casa a ponérmelas y quitármelas con rapidez. Nada más salir del vestuario y poner un pie en el pasillo principal, noté que un hombre se acercaba hacia mí con decisión.

—Hola, Satu, ¿qué tal? —preguntó.

Es bastante habitual que te aborden acompañantes, visitantes y pacientes cuando vas de uniforme por los pasillos del hospital. Sobre todo porque creen que conoces todos los rincones del centro como si lo hubieseis diseñado el arquitecto y tú mano a mano, y «¿Dónde está la consulta de Neumología?» o «¿Cómo hago para llegar al TAC?» son preguntas de lo más normal... Ahora bien, lo que no era tan normal es que se dirigiesen a mí por el nombre.

—Bien... Sí, gracias... —respondí con algo de miedo.

—¿No te acuerdas de mí? Soy José Luis, el de los colchones. Te dejé hace unos días un catálogo de productos. Como no me has llamado, he pasado un par de veces por la planta, pero no conseguía localizarte.

¡Ay, Señor! El miedo era real... Aquel hombre que parecía sacado de una primera comunión, y al que yo había fingido escuchar por pena, llevaba dos días buscándome por el hospital con la esperanza de que le comprase un colchón, una almohada cervical o un par de zuecos ortopédicos. No sabía cómo salir de aquel entuerto en el que me había metido yo solita por tonta, porque me da pena todo el mundo.

—Aaah, sí... ya recuerdo... Bueno, es que todavía no he podido hojear el catálogo... Que lo haré... sin duda que lo miraré... Pero aún no he tenido tiempo. Lo siento mucho, pero es que llego tarde al relevo, me tengo que marchar —respondí.

—Bueno, pues nada, espero tu llamada. Pero si tienes cualquier duda o quieres que te explique algo con detalle, llámame, por favor —dijo mientras se cerraban las puertas del ascensor que me llevaba a la planta y yo me sentía la peor persona del mundo.

«Eso te pasa por fingir interés, Satu. Les creas falsas expectativas para que no se sientan mal y luego pasa lo que pasa. Si es que eres demasiado buena y te cuesta ser tajante para decir que no.»

En el ascensor, justo detrás de mí, estaba Puri, mi compañera de las tardes, a la que no había visto al entrar. Ella no es de las que hablan mucho, pero cuando dice algo, sentencia. En una frase había resumido mi vida, el origen de muchos de mis problemas de pareja y el motivo por el que mi corazón se había convertido en una casa de huéspedes.

—Yo era un poco como tú —dijo—, pero a base de decir que no a todos los vendedores que aparecen por el hospital, a las rifas para el viaje de fin de curso del hijo de no sé quién o al fondo de las flores para la tía abuela de una médico residente que acaba de fallecer, a base de años y años de dejarme la mitad del sueldo y de que nadie haya hecho un fondo para regalarme algo a mí

porque no tengo hijos y ya llegué casada a la planta, a base de eso aprendí a decir que no.

Puri tenía más razón que un santo. Como te dejes llevar, acabas perdiendo dinero por venir a trabajar. Desde la mujer de un paciente que tiene un puesto en el mercadillo y aprovecha el ingreso de su marido para vender lencería, juegos de sábanas y pijamas en la planta, hasta el hombre que vive cerca del hospital y trae productos de su huerta para vender por las plantas, pasando por el que, ya que tiene que venir a dializarse cada semana, se recorre todas las plantas vendiendo chorizos caseros, mojama y aguardiente.

Yo creo que esto del comercio en los hospitales habría que regularlo de alguna manera. Si me dejaran, instauraba dos días de mercadillo a la semana en ese espacio vacío que hay en la entrada principal, con sus puestos y todo. Que si tomates, ajos, garbanzos, huevos de casa, juegos de cuchillos de colores, sartenes, robots de cocina, sujetadores, bisutería, naranjas y judías del huerto de fulano o mengano, perfumes de imitación... ¡hasta pavos para Nochebuena he llegado a ver en venta durante los relevos del hospital!

Hace años, antes de la crisis, cuentan las veteranas que cada poco tiempo incluso llegaban a aparcar un autobús delante del hospital. Con un bono de una noche de hotel como reclamo por asistir, todo el personal del centro bajaba por turnos a ver las demostraciones de los productos. Pero luego vino la crisis, nos congelaron el sueldo, nos recortaron la extra y el autobús no volvió porque nadie compraba.

Lo único que se libraría del mercadillo serían los catálogos de Tupperware, de Avon o de Stanhome que ocupan las mesas de las salitas de enfermería, porque una planta no es de fiar si no hay una compañera que vende sus productos, y los turnos de noche se hacen un poquito más cortos gracias a tener estos catálogos para hojear.

Si es que ya durante la carrera empiezan a intentar venderte cursos de formación de todo tipo, como si no tuvieses bastante con aprobar las asignaturas e ir a las prácticas... Pero en realidad lo que hacen es prepararte para el futuro. Para enfrentarte y aprender a decir «no» a los vendedores, a las que te colocan mantecados para recaudar dinero para el viaje de fin de curso del sobrino y a las listas de fondo común clavadas en el corcho para despedidas de soltera o nacimientos de hijos de compañeras que no has visto en tu vida porque llevas una semana en la planta.

Yo por si acaso, y durante las próximas semanas, creo que voy a subir y a bajar de la planta al vestuario en el montacargas, compartiendo espacio con los carros de comida... Al menos hasta que se olvide de mí el hombre de los colchones.

¿VIENE
EN AYUNAS?

SÍ, SÍ, SOLO
ME HE TOMADO DE
CAMINO UN CAFÉ
CON PORRAS.



Satu y los tubos de analítica desaparecidos (tantas muestras... y tan pocas de cariño)

Las llamadas de la mujer de la bolsa llegan cuando menos te lo esperas. Pero es que, además, como esa señora que vive pegada a un teléfono y a una aplicación informática no discrimina, puedes acabar trabajando de enfermera en los sitios más insospechados. A ella poco le importa si tienes un máster universitario en instrumentación quirúrgica o si te dan miedo las máquinas de diálisis. Si tiene que mandarte a pinchar fistulas de pacientes renales, lo hará, bajo amenaza de sanción durante un año en la bolsa si muestras la más mínima duda porque en tu vida has estado en esa unidad... Y si tiene que dejarte doce meses sin trabajar, lo hace sin vacilar, y luego de poco sirve que vayas a pedir ayuda a los mismos sindicatos que han firmado ese pacto de contrataciones. Así es la apasionante vida de cualquier enfermera que trate de meter la cabeza en el sistema público de empleo... O consigues meterla, o la pierdes por completo. No hay más opción.

El caso es que aquella mañana tuve la fortuna de recibir de nuevo su llamada, estaba en racha. No sabía si era porque le había caído bien, porque todas las enfermeras del mundo estaban encerradas en casa estudiando para las oposiciones y ninguna le cogía el teléfono, o porque la vida me sonreía a pesar de que todas mis compañeras estaban haciendo simulacros de la OPE menos yo, pero el caso es que me había llamado.

—Hola, te llamo de la bolsa de empleo. ¿Eres Satu?

—Sí, sí, la misma.

—Tengo un contrato para el Hospital Dos de Mayo; es una incapacidad temporal en Laboratorio por María del Carmen Centimín. Empiezas mañana. Ya nos avisas cuando ceses. Adiós.

No me había dado tiempo ni de darle las gracias por la llamada cuando me di cuenta de que al otro lado de la línea ya no había nadie. A veces creo que desde donde telefonan tienen una tarificación especial y les cobran por segundo en vez de por minuto. O a lo mejor es que llaman

desde el extranjero y por eso cada segundo de conversación cotiza a precio de oro. Las tienen a todas resguardadas en un *call center* subterráneo en alguna región remota de Europa del Este, y desde allí hacen llamadas en diferentes idiomas a todas las enfermeras del espacio comunitario. Igual una mañana se equivocan o se les cuelga el ordenador y me dan un contrato en el Hospital Saint-Louis de París... «Empiezas esta tarde el contrato. Si no vas, te sancionamos durante un año.» Y ya me veo buscando vuelos baratos desde el móvil mientras recorro la línea 8 de metro hasta Barajas.

Las mujeres de las bolsas de empleo tienen que estar en algún lugar aislado y superprotegido, como esas personas de las cabinas de los peajes de las autopistas. Nadie sabe cómo han llegado allí, nunca se les ha visto entrar o salir en un cambio de turno; tú llegas conduciendo tu vehículo hasta la barrera, apenas intercambias unas palabras, les pagas, te levantan la barra y te marchas. Nadie las conoce. Tienen en sus manos el poder de decidir quién llega a su destino y quién no, por eso nadie sabe nada de ellas, porque tienen mucho poder. Casi tanto como las mujeres de las bolsas de empleo; ellas son las que deciden el presente y el futuro de todo el personal de los hospitales, mandan más que el propio consejero de Sanidad y es a ellas a quienes tienes que caer bien si quieres seguir trabajando, no a la directora de Enfermería.

Como nunca he conocido en persona a una mujer de la bolsa no os lo puedo contar con seguridad, pero debe de ser algo así. Aunque lo realmente importante en esta historia es que por primera vez en mi vida iba a trabajar en Laboratorio.

Así, de buenas a primeras, puede no parecer demasiado apasionante el trabajo de una enfermera en esta unidad, pero lo que realmente me motivaba, y a la vez me aterrorizaba, era que al fin atravesaría esas puertas metálicas de vaivén y me adentraría en el oscuro mundo de las muestras, las centrifugadoras y las máquinas de análisis, pudiendo desvelar uno de los misterios más grandes de la historia de la Enfermería. No... el misterio de dónde se esconde la verdadera lámpara de Florence Nightingale, no; el otro: ¿adónde van a parar todos esos tubos de analítica que desaparecen?

La mujer de la bolsa me había dicho que empezaba en menos de veinticuatro horas, así que sin tiempo de pasar por el hospital para hablar con la supervisora y que me contase en qué consistiría mi trabajo allí, me presenté en el hospital a la mañana siguiente.

Apenas había dormido imaginando cómo sería esa unidad, y sobre todo imaginando mi papel de agente doble, vigilando y catalogando el destino de cada una de las muestras de sangre. La Mata Hari del Dos de Mayo, la enfermera espía gallega destinada en Madrid para hacer despegar la nave del misterio, la nueva fuente de información de WikiLeaks dispuesta a tirar de la manta, la elegida por la ruleta de la bolsa para llevar a cabo aquel plan. ¿Harían morcillas los técnicos de laboratorio con el contenido de los tubos de analítica? ¿O serían filloas de sangre? ¿Los harían desaparecer para conservarlos en un banco de ADN supersecreto en la Antártida? ¿O sería cosa

de la supervisora, que los utilizaba como elixir de la eterna juventud? Mil preguntas que era incapaz de quitarme de la cabeza y hacían que no pudiese pegar ojo, como en un turno de noche de los malos.

Cuando entré en el despacho de la super, pude comprobar que se conservaba estupendamente. No sé si se debía al bótox o era todo gracias a estar robando el plasma de los pacientes durante años, pero os aseguro que en la universidad hay estudiantes de primero de Enfermería con la piel menos tersa... Claro que ser supervisora y no tener que hacer turnos de noche siempre ayuda.

Las estanterías de su despacho estaban repletas de archivadores, manuales de instrucciones de las máquinas de laboratorio, libros de protocolos y fotos de sus hijos. Junto a la ventana reposaba una muñeca fofucha hecha con goma EVA que intentaba parecerse a ella, y sobre su mesa no había otra cosa que grapadoras, bolígrafos, un ordenador y una taza de propaganda que parecía de algún laboratorio. Ni rastro de los tubos de analítica perdidos.

—Hola, ¿qué quieres? ¿Quién eres? —preguntó.

—Soy Satu, me mandan de la bolsa a cubrir la baja de María del Carmen —respondí sin poder dejar de mirar cada rincón de su despacho en busca de alguna pista.

—¿María del Carmen...? —dudó durante un instante—. Ah, sí, claro, Maripí. ¿Has trabajado alguna vez en Laboratorio?

—La verdad es que no. He trabajado en muchos sitios, pero aquí nunca.

—¿Y no te has molestado ni en venir por aquí antes a ver cómo es el trabajo? En fin... Menos mal que Maripí ya no trabaja en Coagulación con los INR, ahora está en Extracciones y supongo que sacar sangre sabrás.

Por un instante dudé si decirle que hasta hacía menos de veinticuatro horas yo estaba en el paro, que a la mujer de la bolsa le daba exactamente igual si tenía experiencia allí o no, que si por responsabilidad hubiese rechazado el contrato me habrían sancionado durante un año sin trabajar, y que apenas había tenido tiempo de conseguir un uniforme y un par de zuecos para presentarme a las ocho de la mañana en su despacho. Dudé. Pero no se lo dije porque a mi supervisora poco le importaba todo aquello, y hacerlo habría sido empezar todavía con peor pie.

—Sí, eso sí que lo sé hacer, aprendí hace ya años —respondí.

—Pues ¿ves la silla negra que hay a la entrada, antes de cruzar las puertas de vaivén? Ese es tu sitio. Le pides a la administrativa los listados, y vas llamando a través del micrófono a los pacientes que vienen a hacerse análisis de sangre. ¡¡Venga, espabila, que ya tienes gente esperando!!

Me habían descubierto. Estaba segura. No llevaba ni una hora como espía y la super ya me había enviado al destierro, al otro lado de las puertas metálicas. A trabajar para ella, a conseguirle más muestras de sangre para su oscuro propósito... ¿O solo quería los tubos de analítica que vienen de planta? Fuese como fuese, en este contrato no lo iba a descubrir porque

eran ya las ocho y media y fuera había más gente esperando que en la inauguración del Primark de Sevilla. «Tienes gente esperando», me dice... ¡A ver!, si ella hubiese llegado a las ocho a su despacho, igual no se habría formado tanta cola, pero, claro, eso tampoco me atreví a decírselo por si acaso la sustitución de María del Carmen, alias Maripí, se prolongaba y excedía los diez días, que es la duración media de las bajas que me han dado hasta ahora en el Hospital Dos de Mayo.

A las cuatro horas de estar pinchando pacientes sin parar ya me había entrado complejo de vampira. No sé de dónde salía tanta gente, y por si fuera poco, justo hoy ninguno de los pacientes citados había olvidado acudir al hospital... Con lo bien que me vendría ese hueco en el listado para levantarme corriendo e ir al baño. Entre el micrófono y el sillón giratorio, por momentos me sentía como una de las *coaches* del programa *La Voz*, pero con ganas de hacer pipí y queriendo sus venas en vez de su voz. Tanto se me subió la urea a la cabeza que acabé haciendo una clasificación de la fauna hospitalaria que acude a hacerse analíticas, y es que ya que no iba a poder descubrir en este contrato el misterio de las muestras desaparecidas, al menos podría dejaros esto como legado por si un día os dan un contrato en la sala de Extracciones.

El abrigado. Da igual que sea verano o invierno, no importa si en la calle estamos sufriendo una ola de calor africano o una glaciación... Él siempre viene con prendas de manga larga: cazadora, jersey, camisa y camiseta interior como *oufit* para todas las estaciones del año. A este paciente desvestirse le da mucha pereza, así que intentará subir todas las mangas de golpe. «Espera, espera, bonita. Que esto sube sin problema.» Pero no logrará remangarse ni hasta la mitad del antebrazo por mucho que lo intente.

—¿Seguro que no llega así? —pregunta aun sabiendo la respuesta.

—No, Eugenio, pero ¿no ve que la ropa no le sube más? ¡Si se le está poniendo la mano morada de tanto que le están apretando las mangas! Ande, deje que le ayude.

Es entonces cuando te das cuenta de que va vestido como cuando tú intentas cruzar la puerta de embarque en un vuelo de Ryanair. Capas sobre capas, en modo aleatorio, como si el armario se hubiese volcado sobre él esa mañana.

«Ay, qué lata te estoy dando, bonita. No vuelvo a traer esta ropa», te dice, pero en el fondo sabes que la próxima vez será igual.

El dramas. Cuando te lo encuentras, te das cuenta de por qué te paraliza la sala. A mí una extracción normal, con venas estándar, me puede llevar unos tres minutos entre localizar la vena, darle conversación al paciente mientras se llenan los tubos y ponerle la gasita para que apriete. Estoy rozando casi los tiempos de un esquilador polaco, que andan por los dos minutos y medio

por oveja. Pero todo cambia cuando «el dramas» aparece en escena. No es que este paciente les tenga miedo a las agujas o que no esté acostumbrado, es que él va en modo preventivo por si un día casualmente se desmaya.

—A mí tenéis que agarrarme, ¿eh?, que si no, no me dejo pinchar —te dice desde la puerta nada más verte la cara.

—Pues ya lo siento, Beltrán. Si usted tuviese catorce meses, llamaría a una compañera para que me ayudase. Pero tiene cuarenta y un años y aquí no obligamos a nadie a venir.

En ese momento, y como si dispusieras de toda la mañana para atenderlo a él, mira al cielo y con una mano en la frente y la otra apoyada en la pared suelta un «¡ay, enfermera! ¡Agárrame, que me voy a marear!». Su obra dramática, en la que se mezclan los elementos trágicos y cómicos, va ya por el segundo acto, y antes de que comience el tercero y la sala se llene de público que no ha pagado entrada, lo tumbas sobre la camilla de la sala de Extracciones. En un hábil movimiento le colocas la gomita en el brazo, lo pinchas y comienzas a llenar los tubos de muestras mientras con un hilo de voz, y como si de su último aliento se tratase, el dramas grita: «¡Estoy desmayado!». Si no fuese porque en ese momento tengo las manos llenas de tubos de analítica, hasta aplaudiría la representación final. Todo un personaje.

El tiritas. Lo que le preocupa es que no le pongas una tiritita. Es su objetivo en la vida, y no se marchará de allí hasta que encuentres una y se la pongas. Da igual que le digas que no es necesaria, que aunque se la pegues también va a tener que apretar durante unos minutos en el sitio donde le acabas de pinchar, o incluso que trates de asustarlo diciéndole que le va a doler al despegarla porque tiene los brazos como los de Chewbacca. No parará hasta conseguir una.

—¿No me vas a poner una tiritita?

—No tenemos. Puedo ponerle un trozo de esparadrapo.

—¿Ni de esas que son redondas y de color carne?

—Esto es la Seguridad Social, no la privada.

—¿Y cómo no tienes tirititas?

—La supervisora no me las da. Los recortes en Sanidad, ya sabe.

Estoy segura de que en cuanto sale por la puerta no para hasta encontrar un chino donde poder comprar una caja, no vaya a ser que no pueda enseñarla... Todo para que le pregunten qué le ha pasado.

El tatuado. Estamos ante uno de los casos más extraños de belenofobia, lo que viene siendo miedo extremo, incontrolable e irracional hacia las agujas. Suele tratarse de un paciente joven al que le gusta que le dibujen cosas por las diferentes partes del cuerpo. Empezó de niño, en el

colegio, pintándose los brazos con rotuladores de colores, y ya no pudo parar. En cuanto tuvo la edad y el dinero suficientes se fue a un tatuador para que la cosa fuese más profesional y permanente. Lo ves entrar y piensas: «Este chico viene sobradamente curtido de que lo pinchen», pero en cuanto desenfundas tu aguja, pone los ojos en blanco y empieza a hiperventilar, y es que a pesar de que lleva mil tatuajes de colores diferentes, ¡tiene miedo a las agujas! ¿Qué son eso, entonces? ¿Calcomanías? Dudas incluso de si será bueno desinfectarle la piel con alcohol, ¡no vaya a ser que si frota mucho se le borren!

Os prometo que la próxima vez que entre uno de estos pacientes por la puerta quito el cartel de SALA DE EXTRACCIONES, pongo uno que diga TATTOO BLOOD STUDIO, le cobro cien euros y le dejo un moratón a modo de tatuaje. Así seguro que no se me marea.

El citas. Este paciente va por libre. Da igual la hora a la que tenga la cita, porque él aparecerá cuando le venga bien. Siempre tiene una excusa más o menos creíble: que si se ha quedado encerrado en el ascensor, que si se ha olvidado de ajustar la hora del reloj cuando el cambio horario... Y si no se le ocurre ninguna, te asegura que a él no lo has llamado.

—Martín, usted es el siguiente. ¿Encarnación Miranda?... Detrás de este hombre. ¿Avelina?... Detrás de ella. ¿Alberto Frías?... Detrás de Avelina.

—Oiga, oiga, que a mí no me ha llamado —interrumpe airado desde una silla de la sala de espera.

—¿Cómo se llama usted?

—Raimundo López.

—Usted tenía cita a las nueve y media, y ahora son las diez y cuarto. Le he llamado, pero no estaba.

—Ah, no, no, si llevo aquí desde las nueve de la mañana. Estaría en el baño justo en ese momento.

Otra variante de este tipo de pacientes es el que llega dos horas antes de su cita. Que a mí si llega temprano para poder charlar en la sala de espera con otros pacientes me da lo mismo, es problema suyo. Pero no: ya que ha llegado antes, tratará por todos los medios de que lo atiendas antes de su hora, no se conforma con esperar a que llegue su momento... Y cuando lo llamas, te recuerda que ha tenido que estar dos horas esperando.

El fortunas. En la salud y en su vida, todo depende del azar. Es el clásico paciente que te dice: «A ver cómo sale la analítica, a ver si hay suerte». ¡Suerte! Como si en Laboratorio tuviesen la Ruleta del Colesterol y la pusiesen a girar con cada muestra de sangre que reciben.

—Hola, Mercedes, bienvenida a HemoCasino. Esta mañana tenemos un premio acumulado de

cinco millones de glóbulos rojos que pueden ser suyos si acierta la combinación ganadora.

—Uy, no, no, que yo vengo sobre todo por lo del colesterol. Apuesto todas las fichas ahí, al HDL-LDL, que aquí yo he venido a jugar. ¡El bote o nada!

—Entonces pasamos directamente a la Ruleta Estatina. Todo o nada. Ateroma o pastilla. Va bola... Girando, girando... Veamos dónde se detiene la bolita... ¡140! ¡Enhorabuena, Mercedes!

—Si ya sabía yo que sacándome sangre la enfermera de siempre y cenando coliflor hervida la noche anterior me iba a dar bien. Ojalá acertase siempre así cuando voy al bingo de Ciudad Lineal con las amigas.

Y es que, además de confiarlo todo a la suerte, este tipo de pacientes te responsabilizan a ti si el resultado que obtienen no es el que quieren. Para ello no dudan en emplear frases del tipo: «Si me hubieses pinchado en el brazo que yo te decía, me habría dado bien el azúcar», o «Cuando se incorpore mi Maripí de la baja repito los análisis, con ella casi siempre me da bien». Y es que el colesterol es suerte, eso lo sabe todo el mundo; la docena de churros que se mete entre pecho y espalda cada día para merendar es algo meramente circunstancial.

Y así fue como conseguí sobrevivir a aquel contrato en Laboratorio, rodeada de cientos de muestras... pero muy pocas de cariño. Siempre bajo la amenaza y el miedo de que saltase un aviso de «muestra insuficiente» y tener que llamar a ese paciente para que volviese al hospital a repetir los análisis. Aunque, ahora que lo pienso, habría sido mucho peor que desapareciesen todas las muestras..., que una llamada de Laboratorio dijese eso de: «Ah, no, pues aquí no nos han llegado las analíticas de hoy». Antes de tener que llamar a todos los pacientes para que repitan los análisis, os juro por Florence Nightingale que renuncié al contrato.

YO, POR UN TRABAJO
ASÍ, ME HAGO ZURDA
Y LO QUE HAGA
FALTA.



Satu y la extraña oferta de empleo (superviviente, sí, ¡maldita sea!)

Siempre he pensado que hay una enfermera en los sitios más insospechados. Pero no porque nos apasione viajar, o como cuando dicen: «Hay un gallego en la Luna», en alusión a que los gallegos estamos repartidos por medio planeta; no, no es eso. Me refiero a una enfermera ejerciendo como tal.

Buena prueba de ello soy yo misma. Como sabéis, he trabajado en residencias de ancianos de media España, en algunas clínicas, en un colegio, me he pasado el videojuego ya de varios hospitales del país porque he completado los pasillos de todas las plantas y hasta he sido enfermera en un barco. Pero ¿sabéis qué? Cuando crees que ya lo has conocido todo, siempre queda algo más. Y es así como comienza esta historia.

No recuerdo exactamente la fecha, pero si de algo estoy segura es de que no faltaba mucho para Semana Santa, porque en mi hospital, el Dos de Mayo, las enfermeras veteranas y las interinas no paraban de hacer planes de viajes y cambios de turno imposibles durante los relevos.

—Bueno, es que si consigo que alguien me haga este viernes de aquí, libro tantos días como la supervisora.

—Tú calla, Marga, y no lo digas muy alto por ahí, que sabes de sobra cómo es la super... y con tal de que nadie libre tanto como ella, es capaz de anularte algunos cambios.

—Pero a ver, Puri, no fastidies, ¿quién se va a enterar?

—Hija, ¡pareces nueva! Ya sabes que la supervisora tiene micros repartidos por toda la unidad... Micrófonos de dos piernas que lo captan todo y a los que les falta tiempo para ir corriendo a contárselo. Y sabes que a ti te la tiene jurada desde aquello.

—No fue para tanto... —respondió Marga, sin poder evitar esbozar una sonrisa.

—A ver, la idea de inyectar laxante en tu yogur de bífidos a través de un pequeño agujero en la tapa para descubrir quién era la que te robaba la comida igual fue un poco bestia... Muy gracioso

de ver y una anécdota genial que contar a las sustitutas de verano, pero se te fue un poco de las manos.

—Pero Puri, chica, ¡y cómo iba a saber yo que la que se estaba comiendo mis yogures era la supervisora! ¡Que ni poniendo mi nombre en la tapa me respetaba la comida! Y una tiene ya muchas horas de zueco como para que la ninguneen así, ¿eh? ¡Con mi comida no se juega! Y yo este año bajo a la Semana Santa de Málaga como que me llamo Margarita Prado.

—La que llevaba la procesión por dentro era la super aquella mañana... Si llego a saber que era ella, pongo un cartel de AVERIADO en la puerta del baño.

—Ni me lo recuerdes, Puri, que me quedé blanca cuando vi a la supervisora como una paloma por la planta. ¡Que llegó a meterse en el baño de la 211 porque no llegaba desde el final del pasillo hasta el control!

—Ay, por favor, Marga, qué risa. Calla, que ya me duele la barriga de reírme y todavía no he empezado los ejercicios de Kegel. Voy a tener que ir a cambiarme y esta niña nueva va a pensar que estamos locas.

—Locas... Sí, loca yo como me entere de quién es la que se fue de la lengua y le dijo que había mezclado el laxante con los bífidos... Te juro que cuando lo descubra, la atropello con el carro de las cenas.

Mientras ellas discutían y recordaban batallitas en el momento de descanso del café, y para no estallar en una sonora carcajada delante de las dos, porque nunca sabes cómo se lo van a tomar, yo hacía lo que hacemos todas las eventuales en ese momento: mirar el móvil. Concretamente, el e-mail que me acababa de llegar con las nuevas ofertas de empleo del Colegio de Enfermería.

Entre todas aquellas demandas de enfermeras en régimen de esclavitud para residencias de ancianos, apareció una que llamó poderosamente mi atención:

IMPORTANTE EMPRESA DEL SECTOR BUSCA ENFERMERA.

SE VALORARÁ EXPERIENCIA LABORAL PREVIA.

IMPRESINDIBLE QUE SEA ZURDA.

El resto de las condiciones, curiosamente, no eran del siglo XIX: remuneración acorde con la categoría profesional, horario diurno de lunes a viernes, contrato inicial de seis meses con posibilidad de pasar a indefinido, jornada a tiempo completo... ¡Hasta prometían pagar las horas extra! Siempre y cuando fueses zurda, claro, una condición que indicaban como imprescindible y sin la cual no valorarían a ninguna candidata.

Aquello me dejó totalmente descolocada. A mí precisamente, que soy una mujer de mundo e *influencer* de hospital, pero que jamás había observado diferencias entre una enfermera zurda y

una diestra más allá de con qué mano prefieren encarar la vena buena. ¿De quién era la empresa? ¿De Ned Flanders? ¿Querían a una enfermera que corriese esa banda del pasillo? ¿O era en realidad la necesidad de fichar a una compañera como delantera centro para la liga de fútbol del hospital? ¿Era porque no querían cambiar de lado el ratón del ordenador de la planta? ¿O se trataba de un error a la hora de pedir el material porque alguien había hecho un pedido gigante de abbotchs y palomillas para zurdos y tenían que darle salida?

Las dudas que sobrevolaban aquella extraña oferta de empleo eran demasiadas. Que no exigiesen experiencia laboral previa ni másteres ni posgrados, y que la cualidad más valorada fuese aquella, parecía un poco *abzurdo*... Yo tenía que resolver aquel enigma como fuese. Estaréis pensando que vale, que de acuerdo, que aquella vacante no la entiende ni Florence Nightingale, pero cómo iba a enterarme de en qué consistía si yo no era zurda... Ay, amigas, es que nunca os lo había contado hasta ahora, pero en lo de pinchar soy ambidiestra.

Es una curiosa habilidad que he ido adquiriendo con los años y a base de tener que encargarme de los pacientes que están ingresados en las camas que no quiere nadie, es decir, aquellas que están pegadas a la pared por el lado derecho de la cama. Por alguna extraña ley enfermera, todas las compañeras veteranas con las que me he topado eran diestras, y ellas quieren tener acceso libre por el margen derecho para poder realizar las técnicas de un modo más cómodo.

Así que a base de horas y horas de contorsionismo en las habitaciones de los hospitales, una termina pinchando con la izquierda, con la derecha y hasta soltando la goma del brazo después de sacar sangre haciendo pinza con los dedos de los pies si hace falta. Superviviente, sí, ¡maldita sea! Y ya, ya sé que estaréis pensando que esa frase es de Sabina, pero en realidad se la regalé yo una madrugada mientras le cambiaba el suero. La noche siempre me ha inspirado.

Soy plenamente consciente de que esto es algo un poco polémico. Sé que hay gente que piensa que los ambidiestros somos unos impostores, algo así como los gordos de toda la vida que de pronto adelgazan; vamos, unos diestros traicioneros. Probablemente tengáis razón y pretendiese quitarle el puesto a una zurda de verdad, de las de nacimiento, de las de *bullying* en el colegio y tijeritas especiales para las manualidades. Pensaréis que yo me he apuntado a esto de la «zurdez» por costumbre o por vagancia para no arrastrar un poco la cama de los pacientes y así tener libre el lado derecho. Bueno, puede ser, pero si Marichu, mi vecina del tercero de casa de mis padres, gordita de toda la vida —bueno, la gorda del grupo, vamos a quitarnos las caretas...—, si ella ahora que la he vuelto a ver está estupenda y es una gorda traicionera, yo, como mujer superviviente de la eventualidad enfermera, tengo derecho a ser una diestra de las rebajas de Lefties si me da la gana.

Lo siento mucho, pero ante un contrato no hay amigas, y yo por un trabajo con esas condiciones pincho hasta con la boca si hace falta, como los de Artis Mutis.

El resto del turno no recuerdo muy bien cómo fue, no veía el momento de llegar a casa y

preparar un buen currículum, con bien de cera, como si lo hubiese escrito mi abuela. ¿Sería mejor poner nivel de «zurdez» medio o alto? Yo, por mí, ponía: «Zurdez: nivel materno», pero tampoco hay que exagerar y, siendo honesta, manejaba la derecha a mi antojo mejor que Santiago Abascal. Los currículums tampoco hay que inflarlos mucho, que luego te pillan con másteres y con cosas que no son... y nosotras no somos diputadas. Apenas un par de horas después de haber salido del hospital ya me había inscrito en la oferta. La suerte estaba echada.

Los días y los turnos en el Dos de Mayo iban pasando, pero mi teléfono no sonaba. Como buena superviviente de la Enfermería, una se va acostumbrando a entregar sin éxito decenas y decenas de copias de su currículum por todos los centros sanitarios que conoce. Creo que me habrán llamado para hacerme entrevistas de trabajo de uno de cada quince sitios donde lo he dejado, por eso al final prefieres olvidar que los has entregado, para que no duela y para que no te arrebaten lo que te queda de la ilusión que tenías el día que viste que habías aprobado la última asignatura de la carrera, el día que te diste cuenta de que ya eras enfermera. Poco a poco, y a base de golpes, ves cómo esa ilusión se va resquebrajando, cómo el propio sistema de salud, algunos empresarios y otros gestores sin escrúpulos, algún que otro paciente y algunas compañeras consiguen arrebátártela lentamente y sin piedad hasta convertirte en una superviviente que guarda en lo más profundo, y bajo siete llaves, esa última pizca de ilusión que sigue latiendo y que de vez en cuando algún paciente logra alcanzar para recordarte por qué sigues dedicando tu vida a esto, a pesar de todo.

«Bri bri brí, bri bri brí... Bri bri brí, bri bri brí...»

—¿Sí? ¿Hola?

—¿Sería posible hablar con Saturnina Gallardo, por favor?

Una llamada de un número desconocido, y con la clásica voz robótica al otro lado como de empleada de centralita, me sorprendió mientras cotilleaba *stories* de Instagram y veía una serie cualquiera de hospitales.

A punto estuve de decirle que Saturnina no era yo, que se había equivocado de número. Aquello sonaba a llamada comercial, para venderme unos manuales de oposiciones, unos cursos o un cambio de operador de telefonía, y yo no tenía el día para aguantar a nadie porque no me soportaba ni a mí misma.

—Seh, soy yo —contesté con desgana.

—La llamo de la clínica de la doctora Calvo en relación con una oferta de empleo que lanzamos el mes pasado. Su currículum ha pasado la preselección y nos gustaría hacerle una entrevista personal aquí, en la clínica.

¡La oferta de la enfermera zurda! ¡Me habían preseleccionado! Y pensar que a punto estuve de colgarles...

—Ay, sí, claro, cómo no. Es que me ha cogido usted ahora mismo un poco despistada, porque

en este preciso momento estaba leyendo el catálogo de novedades de *La boutique del zurdo*. Compro muchísimas cosas ahí.

—La vemos entonces pasado mañana a las once, en la clínica, para la entrevista.

—Perfecto. Espere, que tomo nota de la dirección. Lo estoy anotando ahora mismo en mi agenda con la mano izquierda, como buena zurda, je, je.

Había que dejar claro como fuese que una cumplía a la perfección el requisito principal que pedían en aquel empleo. Hasta me cambié la biografía de Twitter aquella misma tarde, porque unos días antes, en el debate de *Amigas y Conocidas* en Televisión Española, dijeron que ahora, cuando vas a una entrevista de trabajo, te miran las redes sociales, por si subes fotos con un par de copas de más y esas cosas. Incluso los hay que en su bio de redes sociales ponen cosas como «vegano» o «celíaca»... Ya ves tú, como si los fueses a invitar a merendar o quisieras mandarles una caja de sobaos... A esa gente de Twitter que no conoces de nada... Pues si ellos ponen eso, yo puedo poner lo mío por si alguien de la clínica entraba a mirar.

@SaturninaGallardo

Enfermera zurda. Influencer de la vida. Buscadora de venas.

Citas favoritas: Una que tuve con un chico de Tinder que me llevó a las barcas del Parque del Retiro.

Al día siguiente pasé todo el turno tratando de ejercitar mis habilidades zurdas. Cositas como cargar medicación sujetando la jeringa con la mano izquierda... Vale, me pinché un par de veces con la aguja intentando pasar el contenido del vial a la bolsa de suero, pero eran antibióticos, así que no pasaba nada: estaba cubierta frente a todo tipo de bacterias por un par de días. Lo peor sucedió cuando traté de canalizar vías utilizando solo la mano izquierda, y se puede decir que el resultado no fue exactamente como esperaba... Menos mal que los pacientes son eso, pacientes, y tienen mucha paciencia gracias a Nightingale.

Igual me estaba dando cuenta de que no era tan zurda como pensaba, cierto, pero el caso es que ya había pasado la preselección y echarse atrás no era una opción. Si no me daban el trabajo, al menos sabría en qué consistía todo aquello. Me sentía como la Gloria Serra de la Enfermería grabando un programa de *Equipo de Investigación* para descubrir el entramado oculto tras la fruta escarchada de los roscones: «Nos acercamos a la clínica de la doctora Calvo... Desde fuera parece un lugar tranquilo... Nada hace pensar que tras esta fachada existe una trama oculta de enfermeras zurdas que mueve millones... La responsable no quiere hablar... Hemos podido comprobar que la actividad en su interior es frenética».

Había llegado el día. Eran las once de la mañana y estaba frente a la clínica en la dirección que aquella telefonista me había indicado. Sobre la fachada de la puerta principal, un enorme cartel de neón:

CLÍNICA CAPILAR DRA. CALVO.

ANÁLISIS DEL CABELLO. IMPLANTOLOGÍA

Crucé la puerta sin dudar. Me recibió la mujer de voz robótica con micrófono y pinganillo que me había llamado dos días antes. Enseguida la reconocí, y, tras identificarme, me dirigió a una sala de espera.

—En un momentito te llamamos —dijo.

La sala tenía las paredes decoradas con dibujos de folículos pilosos, diplomas de cursos de diferentes universidades, así como fotografías de hombres y mujeres luciendo una frondosa y maravillosa cabellera. «Serán fotos del después», pensé, como en esos anuncios de plantillas adelgazantes de la Teletienda en los que te muestran la foto del antes y la del después, y en las que las dos personas no se parecen en nada pero pretenden hacerte creer que son la misma.

Saqué el teléfono móvil del bolso para tratar de calmar mi ansiedad cotilleando por los perfiles de Instagram, pero en aquella sala de espera no había cobertura y no era momento de preguntarle a la mujer robótica si tenían wifi, así que me dediqué a analizar al resto de la gente que estaba en la sala; es decir, dos hombres y una mujer rubia con un niño. «Pues... estos serán los otros enfermeros aspirantes al puesto», me dije, aunque los dos hombres parecían rondar los cincuenta años, pero ya se sabe que la profesión está muy mal. La mujer no creo que llegase a los cuarenta, y aunque presentarte a una entrevista de trabajo con tu hijo de tres años puede parecer un poco extraño y hasta arriesgado, igual la pobre no tenía con quién dejarlo.

De pronto, uno de los hombres abrió una mochila que llevaba y en la que yo ni siquiera había reparado. «¿Irá a sacar el pijama y los zuecos? Seguro que tampoco tienen taquilla y lleva siempre encima el uniforme por si lo llaman para darle un contrato... Eso, o tiene muy claro que le van a dar el empleo de enfermero zurdo y ya trae la ropa de trabajo para quedarse. Sí, seguro que es eso», pensé. Estaba a punto de indignarme por el tongo cuando vi que sacaba una libreta y un boli, y se dispuso a anotar algo... En ese momento me quedé blanca, diría que calva del susto, pero no era el lugar más apropiado para utilizar la expresión. ¡Aquel hombre escribía con la mano derecha! De zurdo nada. O bien era un diestro traicionero como yo, o bien no era enfermero, sino un cliente de la clínica... Y ahora que lo pienso, una cabellera muy frondosa no tenía, la verdad... así que seguramente habría venido con cita para la doctora.

Todavía no había recuperado el color cuando la mujer de recepción irrumpió en la sala de

espera con pinganillo y todo.

—¿Pilar? —preguntó, dirigiendo su mirada a la mujer con el niño—. Acompáñame, por favor.

La mujer rubia y su hijo salieron detrás de la recepcionista sin despedirse siquiera. A esas alturas, tenía bastante claro que uno de los hombres de la sala era un cliente, pero... ¿sería ella otra aspirante al puesto de enfermera zurda? Siendo sincera, y aunque me cueste reconocerlo, esa mujer tenía una buena melena color miel con aspecto de cabello nutrido y con volumen... pero seguro que ese no era su color natural... Y el niño, la verdad, tampoco tenía aspecto de padecer problemas capilares.

No habían pasado ni quince minutos cuando la mujer del pinganillo apareció de nuevo en la sala.

—Saturnina, ven conmigo, por favor —dijo.

La seguí por toda la clínica hasta llegar a un pasillo con dos puertas blancas al fondo, una con el rótulo QUIRÓFANO y otra donde ponía DESPACHO MÉDICO. Justo en ese instante una de las puertas se abrió y salió un hombre con la cabeza completamente vendada, seguido de una mujer con un pijama verde. El paciente llevaba una capelina perfecta, como esa que te enseñan a hacer en la universidad y que luego nunca más te vuelve a salir igual.

La recepcionista abrió la puerta del despacho médico, justo a tiempo para ver cómo la chica rubia con el niño se despedía con efusividad de una mujer en bata.

—Bueno, Pilar, encantadísima de haberos conocido. Nos vemos mañana, que ya tendré los papeles. —Y luego, dirigiéndose a mí—: Ah, hola, ¿eres Saturnina? Soy la doctora Calvo, adelante.

Entré y me senté en una silla con cara de buena, aunque con todo el lío era ya casi la una de la tarde y a las tres empezaba mi turno en el Hospital Dos de Mayo. No sé si estaba más ansiosa por la entrevista o por si no me daba tiempo a llegar al relevo.

—Vienes por la oferta de empleo, ¿verdad?

—S... sí, sí. Les envié mi currículum por correo hace unas semanas. Puede llamarme Satu.

—Sí, lo hemos visto, y nos ha gustado mucho: tienes un perfil muy completo, con experiencia en un montón de áreas diferentes para lo joven que eres. Pero tengo que hacerte una pregunta.

—¿Soy zurda! Bueno, en realidad, ambidiestra. Mejor aún —me apresuré a contestar.

—Ya, ya, lo hemos visto, y por eso has pasado la preselección. Pero no es eso lo que quiero preguntarte. ¿Tienes experiencia en implantología capilar?

—¿En qué? Ay, no, no, me temo que no. Pero yo siempre aprendo todo muy rápido.

—Te cuento: es que el trabajo es para enfermera de implantología. Ya tenemos a una diestra, y estamos buscando a una zurda para poder plantar pelo a la vez en la misma cabeza, y que el paciente se pueda marchar antes, ¿entiendes?

Estaba atónita. ¡La extraña oferta de trabajo era para poner pelo a doble velocidad! Para que no se estorbasen con las manos y con las pinzas. Se dividían la cabeza y, ala, a plantar y a regar. Ni *Equipo de Investigación*, ni tramas extrañas... Aquello era optimización del tiempo y punto. El *fast food* de los esquejes capilares.

—Pero te voy a ser muy sincera, Satu, que no me gusta hacer perder el tiempo a la gente: no eres la única candidata para el puesto, hemos recibido muchos currículums... y, bueno...

Sabía perfectamente lo que significaban aquellas palabras, las había oído tantas veces que ya no dolían. A veces es un «ya te llamaremos» y otras, un «nos quedamos con tus datos para la próxima vez», pero la realidad es que al final el teléfono nunca suena por mucho que lo mires y compruebes cuarenta veces al día que tienes cobertura. En algunas ocasiones incluso te dicen: «No nos dejes tu currículum, lo vamos a tirar en cuanto te marches», y entonces sientes cómo quema, porque no hay nada más humillante para una persona en busca de una oportunidad que ya ni siquiera le recojan el currículum. Prefieres aferrarte a la remota posibilidad de que algún día alguien decida darte la alternativa, a que te den un portazo y te arrastren por el fango, te roben la ilusión y las ganas.

En este caso, estaba segura de que el puesto de enfermera zurda se lo había llevado Pilar con su niño... Tenía un pelazo, hay que reconocerlo, y eso siempre es un punto extra cuando aspiras a trabajar en una clínica capilar.

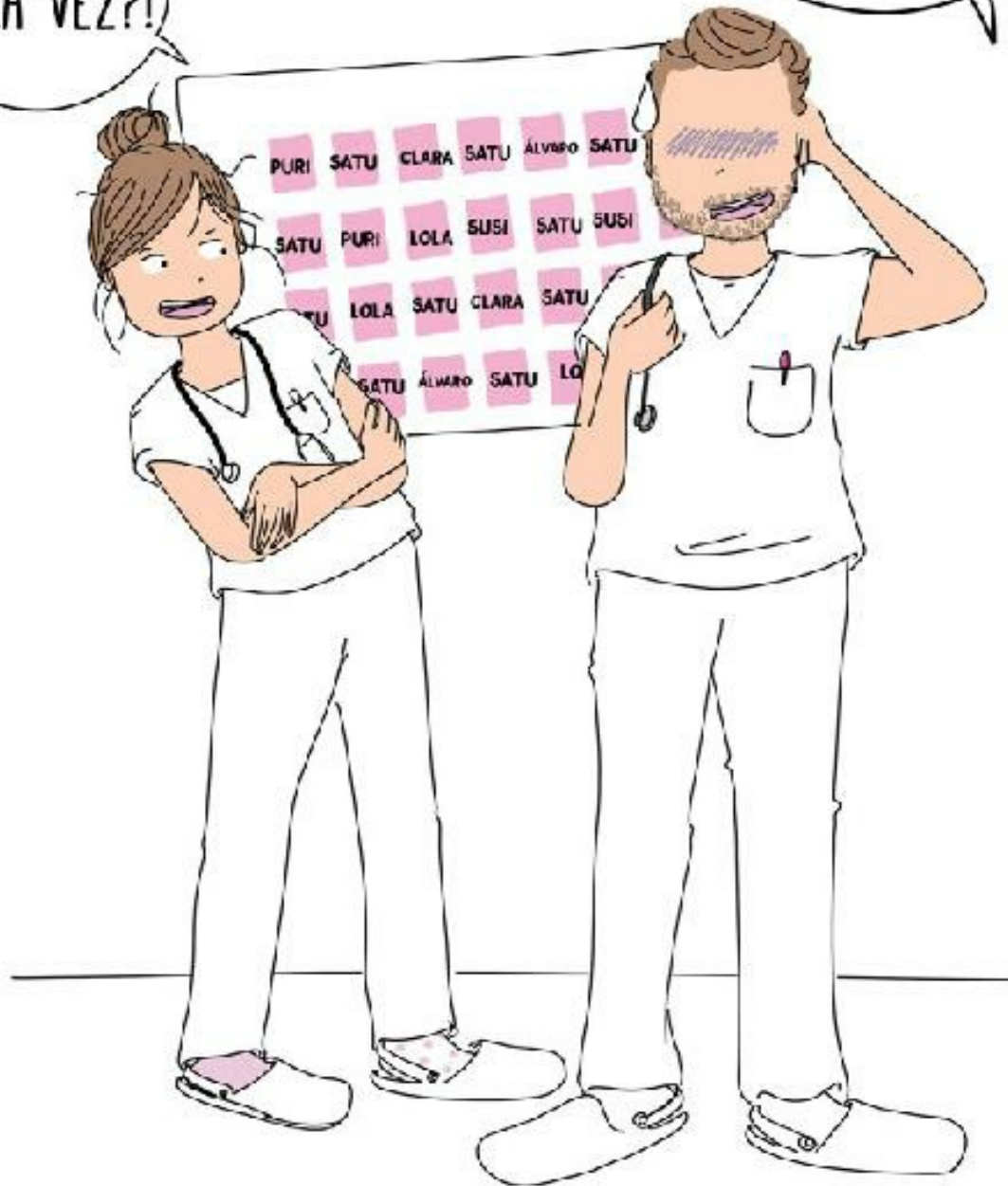
Inevitablemente acabas acostumbrándote y reponiéndote no sabes ni cómo. Supongo que porque sabes que la vida puede darte reveses mucho más duros que ese, porque lo que de verdad importa lo tienes, y porque cuando somos enfermeras y hemos aprendido a mirar a la muerte cara a cara, a luchar contra ella en mil batallas contrarreloj y a decirle: «Hoy no, hoy no ganas tú», ya pocas cosas hay que nos den miedo o que puedan con nosotras. Esta vez no iba a ser, pero vendrían otras, porque siempre vienen.

Enfermeras supervivientes, todas, sí, ¡maldita sea!

¿ME CAMBIAS
EL TURNO?

¡¿OTRA VEZ?!)

ES QUE SE
HA MUERTO
MI TÍA PEPI...



6

Satu y el misterio de los ritmos circadianos (y otros cambios de turno imposibles)

Cuenta la leyenda que los ritmos circadianos son cambios físicos, mentales y de la conducta que experimenta nuestro cuerpo a lo largo del día y que responden, principalmente, a la luz y a la oscuridad del ambiente que nos rodea. Como un reloj interno que, según la hora del día, nos manda dormir, comer o despertarnos... A no ser que seas enfermera, porque, si lo eres, tu reloj atrasa.

Cuando empiezas a estudiar Enfermería en la universidad, nadie te lo explica; pero en cuanto te dan tus primeros contratos, la pila de ese reloj se descarga para siempre, tu sistema colapsa y pasas a tener un descontrol horario que ríete tú de los *jet lags*. Y es que todas tus amigas que viajan y las *influencers* de Instagram te cuentan que tener eso es algo horrible, que acaban de aterrizar en Madrid después de estar en la Semana de la Moda en Manhattan y que están hechas polvo, con el estómago del revés y hasta con sudores fríos por culpa del *jet lag*... Tal como lo describen, acabas pensando que viajar es una tortura, y tú te lo crees y te dan pena... hasta que eres tú la que por fin hace un vuelo transoceánico y te das cuenta de que en realidad no es peor que haber trabajado de noche; es como haber tenido un turno de noche de los buenos, de esos sin ingresos, sin pacientes desorientados, casi sin timbres y con poca medicación... Vamos, lo que viene siendo una noche de cada cien.

La primera vez que te despiertas sobresaltada a las siete de la mañana pensando: «Pero... ¿qué día es hoy? ¿Tengo turno o no? ¿Me he olvidado de poner la alarma?», te asustas y hasta te levantas de la cama para ir a mirar la planilla de turnos por si acaso. Piensas que esto de trabajar unos días de mañana, otros de tarde y otros de noche te puede estar afectando porque hasta ahora nunca te había sucedido nada parecido. Sin embargo, lo que todavía no sabes es que el trastorno no ha hecho más que empezar y que lo siguiente será despertarte a las dos de la madrugada con los ojos como platos, cuando en realidad no tienes que levantarte hasta las seis... Así que te quedan

dos opciones: intentar dormir esas cuatro horas sin éxito o, ya que estás despierta, poner una lavadora y comenzar con el cambio de armario porque ya está empezando a refrescar.

Hace años trabajé en un hospital donde al plus de nocturnidad le llamaban con acierto «complemento de ojeras»: lo que te pagan de más es lo que luego te vas a tener que gastar en cosméticos para tratar de disimularlas y no parecer un oso panda. Pero ni así merece la pena, nunca es suficiente para compensar la calidad de vida que te quitan.

Y es que entre preparar las oposiciones, los turnos imposibles y tratar de tener algo de vida social, os juro que hay días que duermo tres horas. Menos mal que como no tengo hijos luego hay otros días en los que bajo las persianas, cierro puertas y ventanas, silencio el teléfono móvil y cuando me doy cuenta he dormido quince horas del tirón, sin levantarme ni para ir al baño. El día que consiga autosondarme, ponerme un suero y robar un colchón de presión alternante para que no me salgan úlceras, ese día... ese día, cuando me despierte, tendré que mirar el calendario para saber en qué mes y año estamos. Mientras tanto, voy a tener que pensarme lo de tomar pastillas de melatonina como hace alguna que otra compañera en el hospital, aunque no sé si estoy dispuesta a dar mi vida a la causa, porque la causa no me da nada a mí.

La planilla de turnos del hospital es como el casino: la casa siempre gana. Debe de ser por eso que este año también me ha tocado trabajar todas las fiestas posibles: el día de la Comunidad, San Isidro, la noche de San Juan y la del Apóstol, Fin de Año... Tengo un porcentaje de aciertos que ya me gustaría en la Quiniela. Hay orquestas que no trabajan tanto en fiestas. Y como una quiere quemar los últimos cartuchos de juventud que le quedan, y de paso encontrar pareja fuera del hospital, pues trata de cambiar algún turno para poder quedar con las amigas, marcarnos un buen perreo y beber lo suficiente como para olvidarme por una noche de que soy enfermera.

Abordas a las compañeras en los cambios de turno, las acosas enviándoles whatsapps, dejas notas en el corcho de la planta... pero nada, los sábados no te los hace nadie: la que no tiene un bautizo tiene una comunión o una boda, o dos, o incluso tres... de la misma persona y en el mismo mes si hace falta; incluso hay a quien se le ha muerto la misma tía del pueblo varias veces. Cualquier cosa es posible cuando se trata de buscar excusas o los ritmos circadianos. Yo seguiré buscando los míos, que deben de estar en lo más profundo de algún agujero negro con los bolis que prestas y nunca vuelven, las bajas que no se sustituyen, mi plaza fija y las especialidades de Enfermería.



Satu y las heridas que no se suturan (fuerte y generosa)

Si en algo estamos de acuerdo es que a una la vida le va dejando marcas de todo tipo. Desengaños, amores para la eternidad que no fueron tales, amigas hasta la muerte que casi te matan a las primeras de cambio, aquella marca en la pierna por una caída desde un columpio que iba demasiado alto o aquel diente roto tratando de abrir un botellín de cerveza a las cuatro de la madrugada.

Unas son visibles a simple vista y otras no lo son tanto. Y las que se ven, casi siempre tratamos de disimularlas. Como el día en que nos compramos esa primera crema antiedad porque «oh, Dios mío, de dónde han salido esas patas de gallo que me veo en las fotos del cumpleaños de Patricia»... y eso que les ha puesto el filtro Valencia de Instagram. Eso no estaba ahí antes.

Pero hay una cosa clara, y es que no todas las marcas que nos va dejando la vida son fáciles de disimular. Con algunas, directamente resulta imposible hacerlo.

¿Por qué nadie ha inventado todavía algo que borre al instante esa dichosa marca que las sábanas te han dejado en mitad de la cara? Ese surco que tarda horas en desaparecer de tu rostro y que parece un cartel luminoso diciendo: «Menuda siesta me he pegado».

Porque vamos a ver, si estás en casa, son las nueve de la mañana y quien llama al timbre es el mensajero que trae lo que te has comprado de rebajas por alguna web... pues vale, no es nada fuera de lo normal, es temprano y estás todavía en la cama o justo acabas de levantarte. Pero el problema viene cuando quien te ve con la marca de las sábanas en mitad de la cara es el paciente que ha llamado al timbre a las cinco de la madrugada.

—Beeeeeep beeeep beeeep...

—Llaman de la 217. Puri, ¿ese paciente es tuyo? ¿Qué tiene? Puri... ¡¡Puri!!

—¿Eh? Ah... estoy en el hospital... ¿Qué pasa, Satu?

—Que llama el paciente de la 217 y que qué tiene.

—Creo que ya sé por qué llama. Va a necesitar que le adelante el calmante. Ya voy yo.

En ese momento Puri era un cuadro de mujer. El pijama arrugado, los pelos como si se hubiese revolcado en un pajar, un zueco puesto y el otro no... Y sin pensárselo dos veces, allá que va, pasillo adelante, hacia la habitación. Me percaté de que no solo había dejado sobre la mesa todo el arsenal de bolis, las tijeras y la identificación del hospital, sino que también se había olvidado las gafas.

Salí corriendo tras ella, porque Puri sin gafas puede meterse en cualquier habitación y no saber si tiene delante a un hombre o a una mujer. Y cuando le di las gafas vi que tenía la cara como si hubiese estado durmiendo sobre un cojín de pana. Si a esa cara con aspecto de una patata de esas de bolsa con surcos le sumamos que parecía una fuente con los pelos que me llevaba, de haber entrado en la habitación, en vez de un dolor abdominal habríamos tenido una parada cardíaca del susto de verla así.

—Por favor, Puri, espera. Ponte las gafas, que no le vas a ver ni la vía al paciente, y toma, ponte mi chaqueta polar y hazte un moño para disimular un poco.

—Satu, hija, si me pongo eso no se sabe si voy a ver a un paciente o a vender droga.

—Bueno... con una de las de la caja fuerte el dolor se lo quitas seguro.

Nos miramos a los ojos sin poder aguantarnos la risa, y acabamos abrazadas en mitad del pasillo y tapándonos la boca para que nadie nos oyese reír. Y es que Puri es una de esas compañeras con las que no importa qué turno tengas: sea como sea, siempre acabarás encontrando un momento de humor cómplice que te haga llevarlo mejor.

—Tía, un día de estos nos echan —le dije.

—Eso a ti, que no tienes la plaza.

—No tengo ni la de aparcamiento... Pero anda que no me ibas a echar de menos ni nada —respondí.

—Por descontado... Si no fuera por estos ratitos. Míranos. Paso casi más noches fuera de casa que con mis niños y mi marido, son las cinco de la madrugada y no puedo más, me duermo por las esquinas. Estoy a punto de cumplir los cincuenta y me quedan todavía más de quince años así... haciendo noche tras noche... Si es que llevo, porque tengo hipertensión, migrañas y desde hace un año también diabetes. Tengo más enfermedades que mi madre y que muchos de los pacientes a los que atiendo. Esta profesión se ha llevado mi salud, las Navidades con mis hijos y tantas otras cosas más que prefiero no recordar. Así que te voy a decir una cosa, Satu: que no venga ningún supervisor a decirme que no puedo reírme en el trabajo con una compañera. Ni él ni nadie. La enfermería me ha dado cosas muy buenas, es cierto, pero no tengo claro si me ha compensado y, desde luego, esta vida no la quiero para mis niños.

Puri dio media vuelta y se perdió en la oscuridad del pasillo camino de la habitación 217. Me quedé allí en medio durante un buen rato, inmóvil, pensando en todo lo que acababa de decirme.

—¿Piensas quedarte ahí plantada toda la noche? —La voz de Puri rompió la oscuridad de aquel pasillo—. Anda, cárgame un nolotil y vuelve a descansar, que dentro de una hora estamos pinchando analíticas.

—Puri, enciende alguna luz, que te vas a matar —le dije.

—Si la enciendo, el paciente ve las pintas que llevo. Es mucho mejor así. ¡Que no me aprendes nada, Satu! ¡Dos meses haciendo noches conmigo y aún no te has fijado! No hago nada bueno de ti, ¿eh? Tienes que acostumbrar la vista, hacerte medio gata.

—Eso o pedirle a la supervisora un espejo para que nos podamos peinar... Pero, claro, las marcas de la sábana en la cara no hay forma de disimularlas —aseguré.

—La super tiene el espejo en su despacho... Se mira y dice: «Espejito, espejito, ¿quién es la que más ahorra en todo el hospital?».

—«¡Túúúú!»

Volvimos a abrazarnos y a reír como dos locas en medio del pasillo. La enfermería probablemente se estaba llevando mi salud, mi vida social o sabe Dios qué. Pero sin duda me había hecho conocer a grandes mujeres como Puri a las que admirar. Mujeres anónimas que dan lo mejor de sí mismas, que se dejan la piel por los pasillos de un hospital y que jamás serán noticia. Mujeres, sí, porque los enfermeros de verdad también son enfermeras y sufren junto a nosotras los límites que se imponen a una profesión mayoritariamente femenina.

Alguna vez me he preguntado por qué esta gran profesión, desde siempre, ha sido llevada y desempeñada por mujeres. Y creo que tengo la respuesta: porque hace falta ser muy fuerte y muy generoso. Fuerte para soportar la carga de trabajo, pero sobre todo para convivir año tras año con la muerte, con el drama, con la cara menos amable de la vida y no derrumbarse. Y generoso para ser capaz de dejar de lado a tu propia familia para ir a cuidar de gente que no conoces de nada, pero que sabes que necesitan a una enfermera a su lado. Una enfermera llena de marcas por dentro y por fuera, sí, pero ¿quién no las tiene?

¡Buenas noches, Nightingales!

ENFERMERA SATURADA

AGRADECIMIENTOS

Hace algunos años, mi buen amigo César Bona me dijo que lo mejor del oficio de escribir libros son todas las personas que tienes la oportunidad de conocer gracias a ello. Y no puedo estar más de acuerdo.

Es por ello que ahora que se cumplen seis años de la autopublicación del primer libro de la saga *Enfermera Saturada*, quiero aprovechar estas líneas para dar las gracias, si no a todas, a buena parte de esas personas.

A Jorge Díaz y Javier Ikaz. Por tantos años, tantas cosas compartidas que no habríamos imaginado en mil vidas, y por ser nuestra familia de Bilbao.

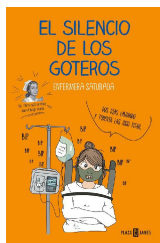
A Jose Antonio García, David Sierra y a todo del equipo de *Esto me suena*. Por haberme enseñado todo lo que sé de la radio y por confiar en un espacio de salud conducido por un enfermero. Ha sido un lujo haber trabajado a vuestro lado.

A nuestra familia de Madrid. Por las tardes en las terrazas de Malasaña, las noches en la Sala X, en La Realidad o en cualquier karaoke del centro. Gracias Elisabet, Miguel, Cristina, Alfonso, Óscar, Jose, Jorge, Chu...

Al equipo de Unicef España: Javier, Diana, Belén... y, en especial, a Aida, Belén y Alicia. Por vuestra confianza, y por un viaje a terreno y un compromiso que nunca olvidaré.

Y, por supuesto, gracias a mis Nightingales. Por hacer esto posible, por seguir riéndoos con las historias de Satu años después, y por encontrar en ellas una forma de sobrellevar la dureza de nuestra profesión.

Un libro más vendido que el ibuprofeno.



Son las nueve de la mañana y Satu regresa a su apartamento en la calle del Pez tras un infernal turno de noche en el hospital. Dicen que no hay noche buena, pero esta ha sido especialmente mala. Tanto que, al llegar, no sabe si desayunar o cenar, si ponerse la crema de día o la de noche, o si su melatonina está a punto de hacer las maletas y buscar otro cuerpo con horarios normales.

Pero una extraña oferta de empleo en la que buscan a una enfermera zurda ha llamado poderosamente su atención. Así que en vez de irse a dormir, decide enviarles su currículum para ver si, de una vez por todas, deja de ser fija en la temporalidad y puede abandonar el jet lag permanente en el que vive... o al menos descubrir qué oculta esta extraña oferta.

Tras conquistar a cientos de miles de lectores con su particular visión de los hospitales y del mundo sanitario, llega una nueva entrega de nuestra querida Florence Nightingale de las redes sociales. Desde las máquinas de medicación hasta los desayunos en el hospital, pasando por los tubos de analítica o los vendedores que recorren las plantas, nada escapa a esta mordaz e hilarante enfermera.

Si no tienes claro si una enfermera que pincha en el turno de noche es una DJ. Si estás convencido de que la persona que inventa el tamaño de las pastillas no es buena persona. Si no soportas a las señoras que te dicen en qué vena tienes que pincharlas, este es tu libro.

«Enfermera Saturada, el tuitero gallego que te cuenta lo que no sabes de los hospitales.»

El Español

«Su autor consigue lo que parece imposible, describir con humor la precaria situación de la enfermería española.»

Cadena SER

«Una saga de libros que muestran el poder de las historias que nos tocan.»

La Voz de Galicia

Enfermera Saturada se define como una enfermera española que busca hacerse un hueco en la sanidad. Empieza los turnos en planta, baja a la UCI, sube a prematuros y termina en urgencias. Esta enfermera se maneja como pocas en las redes sociales, desde donde a diario decenas de miles de personas ven cómo repasa, con humor y descaro, la actualidad de su hospital y la de cualquier hospital de España.

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, Héctor Castiñeira López

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona © Clarilou (Clara Lousa), por las ilustraciones interiores

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Begoña Berruezo Ilustración de portada: © Clarilou (Clara Lousa)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02413-9

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El silencio de los goteros

1. Satu y la máquina de medicación
2. Satu y el misterio de los desayunos
3. Satu y el mercadillo hospitalario
4. Satu y los tubos de analítica desaparecidos
5. Satu y la extraña oferta de empleo
6. Satu y el misterio de los ritmos circadianos
7. Satu y las heridas que no se suturan

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Enfermera Saturada

Créditos